

# La TIA de CARLOS



*Jack Benny*

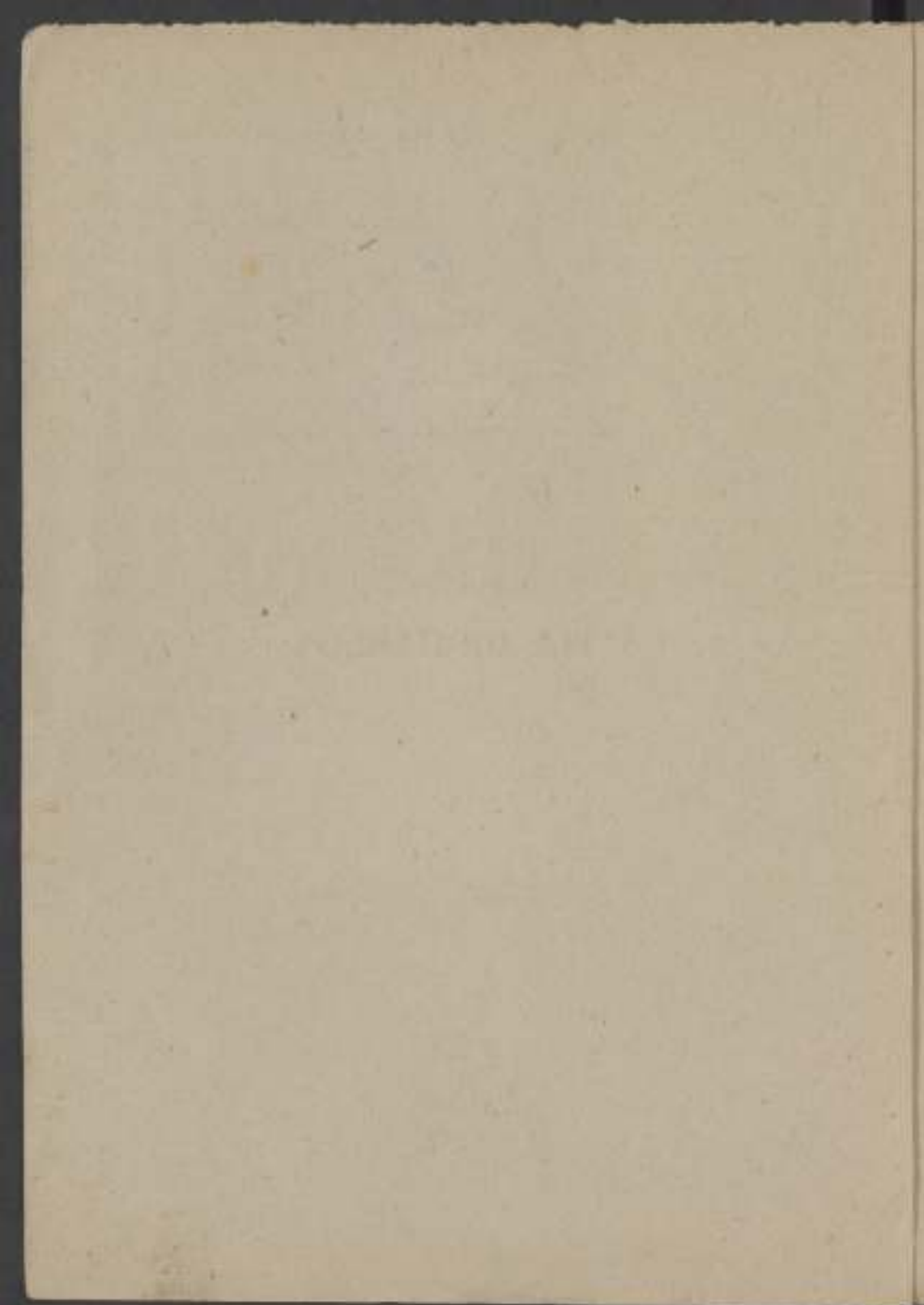
*Ray Francis Anne Baxter*

*Edmund Gwenn*





**LA TIA DE CARLOS**



**EDICIONES BISTAGNE**

**EDICIONES ESPECIALES  
CINEMATOGRAFICAS**

Paseo de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

# La tía de Carlos

Divertida producción cinematográfica, adaptación por  
GEORGE SEATON,  
de la inmortal comedia de BRANDON THOMAS

Dirección de  
ARCHIE MAYO

Producida por  
WILLIAM PERLBERG

Es un film



LA MARCA DE LOS ALZANOS TERMINOS

## PRINCIPALES INTÉRPRETES

Jack Benny, Kay Francis, James Ellison, Edmund Gween,  
Axne Baxter, Reginald Owen, Laird Cregar, Arleen Whelan,  
Ernest Cossart, Richard Haydn

---

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

---

Argumento narrado por  
Ediciones Bistagne

---

Vda. J. Ferrer Coll y Valencia, 197 y Barcelona



# LA TIA DE CARLOS

## ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

### CAPITULO I

#### *EL DIA ANTERIOR*

Oxford en 1890.

Como es sabido, la Universidad de Oxford no está formada por un edificio único y exclusivo, sino por un conglomerado de agrupaciones de distintos colegios, que constituyen una unidad total.

Pues bien, en uno de estos muchos centros docentes, el señor Redcliff, cuyas barba y patillas le asemejaban a una lechuga poco corriente, lo cual no obstaba para que regentase con energía y pulcritud a los estudiantes, conforme a su categoría de director, cruzaba el patio de su colegio en dirección del campo de cricket, cambiando estrados y sobrios saludos con las personas que encontraba.

El campo ofrecía un aspecto

magnífico. Los estudiantes con sus vistosas chaquetas y gorritos distintivos, sus familiares con sus elegantes atuendos y los numerosos invitados con sus "al último grito", destacaban sobre el verde y cuidado césped, en el centro del cual dos equipos luchaban con ahinco por la victoria, despreciando a los soberbios campanarios que sobresalían sobre las copas de los árboles, con igual indiferencia que éstos les contemplaban, absortos en su sueño de siglos.

El honorable señor Redcliff surcó majestuosamente a la muchedumbre, atraído por la mesa en donde humeaba el té, y envió una ojeada distraída al campo, mientras

un hombrecillo regordete y bien afeitado le saludaba:

—Muy buenas tardes, señor Redcliff. Llega a tiempo de tomar el té; vamos a servirlo cuando la campana dé las cuatro.

Como ya lo sabía el director, y quizá a ello se debía su presencia en el campo, disimuló, asestando sus ojos miopes hacia el marcador.

—Me alegro, Basset. ¿Cómo está el marcador?

—Nosotros tenemos 12 y ellos 88.

—¡Ah! Es mucha ventaja.

—Sí, señor. Mala suerte, es un partido muy duro.

—Tienen que apretar mucho. ¿Quién va a jugar ahora?

—Lord Fancourt Babberley.

Así era. Después de una salva de aplausos, que premiaban la jugada anterior, Babberley avanzó hacia su "catcher" empuñando una pala. Contrastaba con el resto de los jóvenes por estar más cercano de los treinta años que de los veinte, lo cual no impedía que estuviera animado por un gran ardor deportivo.

Posó bien los pies, miró al que le había de lanzar la pelota y sus labios, pertenecientes a una boca grande, dominada por una nariz de parecido tamaño, formaron una línea recta. Un silbido a sus espaldas le detuvo y bajó la pala.

Marley, el autor del agudo sonido, ofrecía un aspecto inocente, desmentido, sin embargo, por las

carcajadas del resto de los jugadores.

—Estás muy gracioso esta tarde —masculló Babberley con acento asesino.

—No te enfades, mamáita —suplicó Marley.

—No me llames mamáita.

—Perdona, pero tengo que ensayar mi nuevo papel. ¿No eres mi madre en la comedia que vamos a hacer?

—Y ahí se acabó el parentesco—determinó.

Creyendo que su energía daría resultado, tornóse al adversario, éste apuntó la pelota y la disparó, en el preciso instante en que el silbido se repetía. Encaróse Babberley con el ofensor, sin percatarse de que la pelota golpeaba en la pala, rebotaba en ella y cruzaba los espacios como una bala, con rumbo a los espectadores.

Un lechuguino se acomodó el monóculo en la órbita y dijo a un no menos distinguido petimetre que tenía a su lado:

—Creo que la pelota viene para acá.

Y con mucha fiema le dejaron libre el paso. Zumbó la pelota en el vacío que substituía a las personas de los dos elegantes y, dominada por infernal furia, la sació en la persona del honorable, del majestuoso señor Redcliff, golpeándole en la cabeza y produciendo un sonido hueco, que malas lenguas ase-



gutaron que se debía a la mollera del director.

Este, que no pudo rebelarse a la ley de la fuerza, del equilibrio y a otras tantas imposiciones físicas, cayó al suelo con un aullido de dolor y en medio de las lamentaciones de los que le rodeaban. Visto lo cual por Babberley, sobre cuya conciencia pesaban varios delitos contra la disciplina escolar, soltó la pala, abandonó el campo y se precipitó hacia el accidentado.

—¡Oh! Le pido mil perdones, señor Redcliff—dijo, ayudándole a incorporarse—. ¿Le he hecho daño?

La contestación del director fué más sobria de lo que cabía esperar dadas las circunstancias, aunque puso por testigos a los curiosos de aquel rasgo de estupidez humana.

—¿Es la pregunta más tonta que ha hecho nunca un estudiante!—gimió con la mano en el cuello—. Me da con una pelota de cricket en la cabeza, que seguramente me producirá torticollis para más de una semana, y me pregunta si me ha hecho daño.

—Señor, le aseguro que fué cosa accidental. Ha sido sólo un golpe de suerte... ¡No!... ¡Quiero decir!...

Pero Jack y Carlos, que vieron que sus explicaciones se embarullaban hasta lo imposible y, más aun, que la cabeza del director tenía cierta tendencia a inclinarse hacia la izquierda, le cogieron del

brazo y le arrastraron hacia el campo.

—¡Babbs! Seré mejor que vuelvas al juego otra vez—aseguró Carlos.

—Sí, porque vas a estropearlo más—añadió Jack.

Y como Carlos, a pesar de ser bajo era fuerte, y Jack, con su gigantesca estatura y amplísimos hombros, podía más que él, a lo que se agregaba su aturrullamiento, cedió. Redcliff le vió desaparecer con aviesos ojos.

—¿Que sí me ha hecho daño?—gruñó al criado—. ¿Te das cuenta, Basset, de que ese imbécil se sentará algún día en la cámara de los Lores?

—Sí, señor—compartió Basset—. ¡Y así anda el mundo!

Una vez en el césped, Jack y Carlos le tranquilizaron de la mejor suerte posible, animándole a que hiciera subir el marcador de su desmoralizado colegio. Porque Babbs podía no ser un modelo de estudiante, pero sí sabía jugar al cricket como un profesional.

—Vamos, Babbs, consigue un sesenta.

—Tú puedes hacerlo—le halagó Carlos.

—Voy a intentarlo—decidió.

Un siseo partió de las filas de los espectadores. Dos jovencitas agitaban sus sombrillas, despreciando los gruñidos de un viejo bajo y con cara de perro pachón. Y como no sólo de deporte vive el

hombre, y, de vez en cuando, de Ciencia, los dos sonrieron y contestaron al saludo. Sus juveniles corazonas palpitaban con el apresuramiento de los veinticuatro años ante el primer amor.

—Mira, ahí están las chicas — suspiró Carlos.

—Sí, pero acompañadas del viejo Spettigue — repuso Jack, apretando sus enormes puños.

Babbs, mientras tanto, hacía proezas en el juego. El marcador subió a 60. Sus adversarios le llevaban sólo veintiocho tantos de ventaja. Babbs empezaba a ser temido, cuando la campana dió las cuatro y el bando contrario dejó de jugar con una puntualidad justificada por la destreza de su contrincante.

Famélicamente corrieron hacia la mesa del té, se apoderaron de varias tazas y comentaron las jugadas. Babbs recibía las felicitaciones de todos, pero su orgullo se esfumaba ante la idea del percance que había aumentado la cuenta que tenía pendiente con Redcliff. Dispuesto a saludarle, pidió una taza de té a Jack.

—¿Dónde está Redcliff? Voy a llevarle una taza de té a ver si se calma.

—Allí le tienes, Babbs — le señaló su amigo.

—Ya lo veo.

El director estaba rodeado de una serie de señores sesudos que le escuchaban como a un oráculo. Su

sillón era el centro de la tertulia y se sentía amable, infinitamente amable durante la conversación, aun cuando su cuello le hiciera pasar las verdes y las maduras cada vez que tenía que volverse hacia alguien.

Babbs, pues, se encaminó hacia él con la taza en la mano. Como quiera que tuvo que pasar ante Marley, éste tuvo la diabólica ocurrencia de, ya que no podía tratarle con amor filial, estirar la piedad y echarle la zancadilla.

Y allá fué Babbs dando traspies, con los ojos fijos en la taza. Y éste "allá" tenía como meta la tertulia capitaneada por Redcliff. Como un ariete irrumpió en ella, desbaratándola en un decir Jesús, y su cabeza percutió contra el estómago del benemérito director, quien nuevamente obedeció a las leyes físicas y se cayó de espaldas, con el sillón debajo de él, con Babbs encima y todo el conjunto rociado convenientemente de té.

—No sabe cuánto lo siento, señor — balbuceó el estudiante, así que se puso en pie y recobró el resuello.

Redcliff únicamente se consideró seguro, puesto que Babbs estaba presente, en el suelo, desde donde preguntó mordaz:

—Otro golpe de suerte, ¿eh?

—Sí, señor... ¡Digo no, no, señor!

Y como, en realidad, no sabía qué decía, dióse a correr en busca de

Marley. Este, comprendiendo que sus intenciones, como las suyas, carecían de parentesco con el papel de la comedia, huyó con la velocidad del viento hacia lugares, sino más seguros, por lo menos más remotos.

Salvaron el jardín en menos tiempo del que se tarda en contarlo, entraron en el colegio, subieron las escaleras, mientras la distancia que les separaba iba siendo merma. Al llegar al primer piso, Marley se escabulló en un rincón, oyendo con el alma en un hilo el jadeo vindicador de Babba.

Pero así que éste hubo llegado a la misma altura, surgió de su escondite y simuló precipitarse escaleras abajo, aunque, ciertamente, se adosó al pie de los peldaños. Está fundado en un axioma de vital importancia que cada cual combate según su propio medio, que el débil vapulee al fuerte de acuerdo con su sistema privativo. Y conforme con esta filosofía, Marley, al notar que su compañero seguía su itinerario, alargó la pierna...

Babba rodó, midió los escalones, rebotando como una pelota y, en tanto que Marley se escabullía, se asió de lo primero que halló a mano. Esto fué la soga de la campana de incendios. Agitada por la sacudida, lanzó sonos a los cuatro puntos cardinales. El batacazo había atontado a Babba, que tendido cuan largo era en el suelo, siguió estirando, estirando, imaginándose que

los tañidos eran fantasías propias de la inconsciencia...

La campana produjo un enorme revuelo entre los estudiantes e invitados. Todos galoparon hacia el colegio: unos en busca de los instrumentos de extinguir los incendios; otros de pasto para la curiosidad; otros sin saber a ciencia cierta por qué.

Unicamente permanecieron sentados los dos petimetres, cuya pasividad había provocado, en cierta manera, la torticolis de Redcliff. Con una taza en la mano, comentaban el incidente.

—Me gustan los fuegos. ¿Y a ti?

—También. Un fuego devorador es bastante divertido.

—Por lo menos interesante. Realmente es lo único que me apasiona en la vida.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Tomemos un sorbo de té y vamos a ver qué se está quemando?

—Sí. ¿Por qué no?

Y al unísono sorbieron la infusión, con algo que ellos creían ardor, pero... quedaba tó para rato.

Redcliff, con toda la derechura permitida por su cuello, logró abrirse paso hasta donde sonaban las risas de los afortunados que estaban en primera fila. La campana sonaba incesante. Allí estaba Babba tirando de la cuerda, cómodamente tumbado en el suelo, con unos ojos desvaídos por la delicia... O así lo creyó el director. Y, para colmo de



su sorprendente conducta, despreciaba a los curiosos.

—¡Lord Babberley! ¡Lord Babberley!—aulló, furioso.

Pareció el aludido salir de un agradable ensueño y medio se incorporó, mirando en todos los sentidos.

—¡Hum!... ¿Qué ha pasado?

—Es lo que quiero que me explique en mi despacho a las diez de la mañana. ¡Bonita conducta para un estudiante de Oxford!

Y con sin igual gallardía, el di-

rector se marchó, haciendo lo mismo los espectadores.

Un resquemor de alarma se despertó al oír los campanazos que creían callados para siempre.

Era muy atrevido suponer esto, puesto que mediaba en ello la naturaleza humana. Correspondían los nuevos tañidos a que el pobre Babbs meditaba su desgraciado sino sin soltar la cuerda, única cosa palpable, real, desde que su reputación y su futuro estaban a punto de disiparse como una inalcanzable esperanza.

## CAPITULO II

## LA MAÑANA

Lord Fancourt Babberley, alias Babbs, descendió de su habitación a la de Jack y Carlos tan someramente vestido que es indudable que sus antepasados protestaron en las tumbas. Tenía por motivo la escasez de sus ropas, su generosidad en prestar sus prendas personales a sus amigos, los cuales se olvidaban inmediatamente de su verdadero dueño y las incluían en su vestuario para la eternidad.

Ahora bien, Babbs había sido citado por el director para aquella misma mañana y sólo en un momento de loca benevolencia podría Redcliff aceptar como uniforme su ropa interior, el gorro y una especie de hopulanda que cubría sus hombros. De aquí su necesidad de entablar descomunal batalla con los usufructuarios de su ropero.

Encontró a Jack sentado en un sillón y en una especie de agonía amorosa que le hacía pronunciar el nombre de su adorada incansablemente, unido a los más escogidos epítetos. Viendo que no encontraba sus prendas y que su amigo no le

hacía caso, recurrió al procedimiento de llamarle la atención mediante una tremenda patada.

—¿Necesitas algo, Babbs?—preguntó Jack con voz ensoñadora.

—No, no. Quiero que me prestes la corbata blanca que me pediste prestada en noviembre. ¿Te molesta? No la usaré mucho tiempo.

—No, no me molesta — declaró magnánimo, señalando su alcoba—. Entra y cógela. Es una que está manchada de fresa.

Prosiguió su letanía. Entretanto Babbs registraba la habitación estérilmente. La habitación, como el resto del departamento, hubiera causado la locura de una ama de casa.

—Oye, Jack, ¿dónde has puesto mi corbata?

—Cállate, Babbs; estoy pensando. Intento reunir palabras bonitas.

—Y yo intento reunir mi ropa. ¿Y mi corbata?

—Kitty de mi vida, en este mundo no hay nada más hermoso que tú.



—No me piropeas que es inútil; quiero mi corbata.

Con un suspiro de desesperación, Jack entró en la alcoba y sacó la corbata de un estribo, resto de una silla de montar, empleado por varias generaciones de estudiantes para tan apacible uso.

—No estaba hablando contigo, estoy ensayando—dijo entregándosela—. Kitty viene a almorzar, y tengo que declararle a ella cuando terminemos. No puede pasar de hoy. Spettigue se lleva a Kitty y a Amy a Escocia esta noche. Quiere apartarlas de Carlos y de mí.

Babbs demostró un levísimo interés por los contratiempos amorosos de sus amigos, producto de su satisfacción de haber recobrado la prenda, que en aquel instante se estaba poniendo.

—¿Qué le pasa? ¿Teme que no os caséis?

—No, teme todo lo contrario. ¿No comprendes que es su tutor? Le pagan un buen sueldo y en cuanto ellas se casen, está perdido.

Babbs ya no le escuchaba. Había hecho un descubrimiento asombroso. Una maleta, colocada al pie del tocador. La cogió con alegría, como si hubiera encontrado lo imposible, pero Jack se apresuró a quitársela.

—Si no te molesta, Babbs, voy a quedármela unos días. El sábado me voy de excursión.

—Yo también.

—No seas mal educado, Babbs. Lo echaremos a cara o cruz.

Babbs se resignó, aunque de mal grado, cuando compareció Carlos tan sonriente como siempre.

—¡Hola, Carlos!—saludó Jack—. ¿Has ido a recibir a tu tía?

—No, voy ahora mismo, hijo. ¡Qué desgracia!—declaró Carlos irreverente—. Malo es recibir a una tía que conoces, pero es peor sin conocerla.

Jack participaba de su modo de pensar, pues se estremeció.

—El nombre sólo me da miedo. ¡Doña Lucía de Alvadórez!...

—Eso no es una tía... es un cigarro—exclamó Babbs.

Le explicaron que Carlos ni siquiera conocía su cara, puesto que se había marchado al Brasil antes de nacer él. Babbs se echó a reír:

—Prepárate, Carlos. Probablemente será una vieja odiosa con tendencias sufragistas. Yo no me molestaria en ir a buscarla.

—Odiosa o no, allí no le fué mal del todo. Se casó con un brasileño en artículo mortis y posee varios millones.

Babbs les empujó hacia la sala, especialmente a Carlos, mientras decía:

—¿Millones? Pero, Carlos... no sé qué estás esperando. ¿Te gustaría, si fueras una viejecita, estar sola en la estación?

La risa de ambos enamorados desapareció de los labios e hicieron callar a Babbs, que era incorregible en su buen humor, al oír exclamar a Jack:

—Ten mucho cuidado, no vaya a escapársete. Ya sabes qué serías son Kitty y Amy, Carlos. Si tu tía no está aquí para el almuerzo, no entran.

Sobre esta alarma, que en vano quiso disipar Carlos, se amontonó la de ver que Babbs había descubierto unas apetitosas botellas de champaña en un mueble, en donde esperaba el almuerzo, y solicitaba que le diesen un par. Jack se las arrancó de las manos muy decidido, aunque lamentando:

—Lo siento mucho, Babbs, pero las necesitamos todas para el almuerzo. —Las escondió y gritó—: ¡Ahora que me acuerdo, tengo que vestirme!

Se marchó a la alcoba. Babbs puso a los cielos por testigos:

—¡Vaya una gratitud! Le presto mis corbatas, mis sweaters y porque le pido un par de botellas de cham...

La acusación, que no producía el efecto deseado, fué interrumpida por unos golpecillos en la puerta. Babbs tuvo que encargarse de abrirla. Era Basset, el simpático criado, con los pantalones del ofendido joven en el brazo. Al tiempo que se los entregaba, le comunicó que el vestido que había de llevar en la función ya estaba terminado y podía ir al almacén a probarlo.

—Ahora no tengo tiempo para eso. Vamos a hacer una cosa, Basset. Vaya usted a buscarlo, déjelo

en mi cuarto y me lo probaré luego.

—Es que hay bastante distancia, milord, y no tendré más remedio que tomar un coche.

Babbs convino en ello, mas como no llevaba un céntimo encima, se dirigió a Carlos pidiéndole prestada media corona. El muchacho se volvió los forros de los bolsillos, indicando su penuria, pero prometió conseguírsela y entró en la alcoba.

—Jack, ¿tienes ahí media corona?

—¡Ja, ja, ja! Ni en ninguna parte. Espera un poco. —Cruzó la habitación hacia el criado—. ¿Me presta usted media corona, Basset?

—Claro que sí, señor.

Así obtenida la moneda, pasó de Jack a Carlos, de Carlos a Babbs, y de éste a su antiguo propietario, lo que fué una demostración de que el dinero tiene que "circular" para "producir".

—¡Ah! Gracias, milord, gracias —dijo Basset.

Pero al contemplar la moneda se disgustó al reconocerla como la suya...

En cuanto Babbs estuvo en presencia de Redcliff, que continuaba tan torcido como el día anterior, indicando que sus profecías habían sido acertadas, el director buscó las pruebas de la conducta del reo, sacando de un estante bajo, su ya voluminoso expediente. Abriólo y lo

leyó, pasando por alto sus protestas.

Babbs daba, durante la lectura, vueltas a su gorro. El director estaba jugando con dinamita. Y no tardó en aplicar la mecha y el fulminante.

—Entró en este colegio a principios del año 1880. Hasta aquí sus informes son admirables. Vamos a ver... Lleva usted aquí demasiado tiempo. Ya sabe que nuestro reglamento dice que un estudiante no puede terminar su curso en menos de tres años ni en más de quince.

—Pero sólo estoy en mi décimo año, señor—objetó Babbs.

Su color fué cambiando a medida que las páginas del expediente pasaban. De pronto el color del director siguió un camino inverso, encendiéndose, y su cuello casi se enderezó de indignación. La página que tenía delante señalaba a Babbs como culpable no sólo de haber atropellado al vicedecano, sino de haber sostenido ciertos escarceos amorosos con su mujer, de noche, en una barca y a una hora prohibida.

—¿Qué significa esto?

—Le aseguro que no sabía que fuese casada, señor — protestó Babbs, sin necesidad de indagar a qué se refería.

—Cuando dije que había que suspenderle me equivoqué.

—Gracias, señor—respiró.

—Deade hoy no pertenece usted

a esta Universidad. ¡Queda expulsado!

Babbs lanzó un gemido capaz de conmover las entrañas de una hiena.

—¡Expulsado!—suplicó uniendo sus manos—. Señor, se lo suplico; tengo que obtener mi título este otoño; quiero figurar en la firma de mi tío: Hogarth, Hawks y Babberley, los famosos abogados de Londres. Han ganado ya varios casos sensacionales de homicidio. Le aseguro, señor Redcliff, que si usted un día por casualidad comete un crimen, haré que ellos defiendan su causa.

El director empezó a enternecerse ante aquella muestra de cariño y de humildad. Le dió la espalda para ocultar su benevolencia y tornó a rugir:

—¡No intente usted sobornarme, lord Babberley! ¡Queda expulsado!

—No haga eso, señor. No querrán admitirme si no estoy graduado en Oxford. ¡Es una cosa tradicional!

—Debíó pensar en eso antes de tocar la campana de alarma.

—Pero si no lo hice a propósito. Me caí por la escalera y... estaba inconsciente—protestó con firmeza, viendo ganada la causa.

Redcliff soltó un bufido, que levantó una nube de polvo del expediente.

—A juzgar por su expediente escolar, con usted es bastante difícil



determinar cuándo está inconsciente o no.

—Le aseguro, señor, que fué un accidente, resbalé y...—pensó algo feliz—: y tengo testigos.

Aquello variaba el asunto. Redcliff, ya apiadado de él, cogió el cable salvador para Babbs.

—¿Quiénes son esos testigos?

—Pues... Carlos Wykeham y Jack Cheaney.

Por fin cedió. Carlos y Jack eran dos perfectos caballeros, según Redcliff. El caso estribaba en que atestiguaran lo que él decía. Babbs estaba perfectamente seguro de que lo harían y recordarían perfectamente el momento del percance. Mentalmente se dijo que sus amigos no le podían fallar.

Decidióse el director, cerrando el expediente.

—Muy bien, venga con ellos a las diez y media de la mañana. Si corroboran su relato, estudiaré el asunto, si no...

Babbs le repitió mil veces su

agradecimiento y salió de la dirección. Pero al ponerse el gorro, no se acordó de a qué hora era la cita.

—¿Dijo a las diez o a las doce y media?

Y como ya tenía bastantes contrariedades para acrecentarlas con un retraso, gravísimo dado la hostilidad de Redcliff, abrió la puerta del despacho.

Ahora bien, como Redcliff estaba agachado para colocar el expediente en el bajo estante que, por si fuera poco, estaba pegado a la puerta, recibió el empujón en la espalda y se derrumbó contra el pavimento, con un pavoroso quejido:

—¡Ay, mi cuello!

Optó Babbs, prudentemente, por darse a la fuga. Lo demás podía esperar a mejor ocasión. Cuatro zancadas le llevaron a su habitación en donde y solamente entonces se percató de que había batido todas las marcas estudiantiles en materia de subir aprisa las escaleras.

...

Mientras la casualidad se cobaba en el desgraciado estudiante, tiñendo su existencia con las más oscuras sombras, en Londres y en el despacho de su tío el abogado se fraguaba algo que, impensadamente, había de sumirla en definitivo en la negrura más perfecta.

Como el tío de Babbs era un abogado cumplidor de sus deberes, exponía la situación a doña Lucía de Alvadórez. Esta era de edad aproximada a la de Babbs, morena, bella y elegante, en resumen, la contrapartida de la imagen que su ingrato sobrino había forjado con sus amigos.

Delicadamente sentada, escuchaba con atención, sonriendo de vez cuando.

—Y como procurador suyo, doña Lucía, creo que debo ponerla al corriente de los hechos.

—Se lo agradezco mucho. Naturalmente, no me importa que Carlos se haya enamorado, pero no tiene más pariente que yo y deseo saber quién es ella.

—Es natural, señora. No digo que la chica sea una cazadora de dotes ni mucho menos pero... no me fia-

ría de su tutor. La reputación del señor Spettigue no es muy brillante.

—Quisiera poder conocerla y juzgar por mí misma si...—se detuvo—. ¡Suponga usted que fuese de incógnito!

La idea les gustó a ambos, no en balde una viuda y un abogado pueden ser las personas más noveleras de la tierra. Ambos quedaron satisfechos, una por la inspiración, el otro por poder aceptar una sugerencia de una mujer tan hermosa y acaudalada. Únicamente existía el reparo de que doña Lucía desconocía a su sobrino.

—Yo arreglaré el asunto—prometió el abogado—. Le daré una carta para mi sobrino, lord Fancourt Babberley, diciéndole que le enseñe a usted Oxford. No, eso no puede ser. Es amigo de Carlos y podría advertirle.

Se mordieron los labios pensativos. Doña Lucía se puso en pie de repente con un destello genial en los ojos.

—Pues no le diga usted la verdad. Dígale que soy... que soy la señora Beverly Smith.



Un abogado tiene que ser cuidadoso en la elección de sus amiguetas y de sus clientes, puesto que el qué dirán está suspendido sobre su cabeza como la espada de Damocles, de aquí el ceño fruncido del tío de Babbs, que produjo cierta espantada reacción en la bella viuda, la cual preguntó desalentada los motivos.

—Pensaba en ese nombre, Smith,

Smith. ¿No cree que es un nombre demasiado vulgar para estar relacionado con una firma como la nuestra?

Nueva meditación desesperada para aplacar sus escrúpulos.

—¿Qué le parece señora Beverly Smythe?

—Eso sí, eso es mucho mejor.

Y sellaron el pacto con una reverencia. La suerte estaba echada.

\*\*\*

Cuando Babbs fué a enterar a sus dos amigos del resultado de su entrevista con Redcliff y del auxilio que tenían que prestarle, halló el departamento vacío y la maleta apoyada tentadoramente en el mueble, sobre el que relucían las botellas de champaña.

Dado que Babbs era un hombre muy expeditivo en materia de calmar sus deseos, cogió todas las botellas y las metió en la maleta, matando de tal manera dos pájaros de un tiro, y con gran sigilo se encaminó hacia la salida. Pero la puerta se abrió dando paso a sus dos amigos que, con aire mustio, le dijeron que la tía de Carlos no había comparecido.

—Vaya, pues lo lamento; espero que... que no se haya perdido—exclamó haciendo improbos esfuerzos por ocultar la maleta detrás de sí.

Pero fué inútil su cautela, puesto que Jack le descubrió y se precipitó sobre él.

—Vamos, Babbs, ese comportamiento no es digno. Dijiste que podía quedármela hasta el sábado.

—No dije eso—replicó asustado y escabulléndose—. Además, quiero poner hoy mismo mis iniciales.

Jack no le prestó atención; le arrebató la maleta y se la lanzó a Carlos, el cual, viendo que Babbs le atacaba, la arrojó por los aires hacia su amigo, el cual se la devolvió por la misma vía, mientras

Babbs esperaba que, de un momento a otro, estallaran las botellas. Cuando pudo recuperarla, la colocó sobre una mesa con cuidado, gritando:

—¡Debía romperte la cabeza! Has podido romper las... el cuero.

Y se sentó delante de ella, con los brazos cruzados y el gesto de un cancerbero. Jack le palmoteó la espalda.

—Oye, ¿por qué estás de tan mal humor? ¿Qué te pasa? ¿Te ha castigado Redcliff?

—¿Regañarme? — aulló — ¡Dice que me va a expulsar!

—¿Qué? ¿Crees que Marley tendrá el valor de confesar que te venció?

—No me venció ese imbécil. Resbalé y tengo testigos para probarlo.

—¿Quiénes son? — quiso saber Jack, sentándose.

—Tú y Carlos — cortó sus protestas — Estabais sentados en el último escalón y no lo olvidéis mañana en el despacho de Redcliff.

Se echaron a reír y se mofaron durante un buen rato sin hacer caso de sus quejas. Cambiaron un guiño y Jack dijo, como si recordase algo importante:

—Oye, Carlos, tú no puedes ir mañana por la mañana.

—No, es verdad; tendré que estar acompañando a mi tía — afirmó el aludido.

—Y yo tengo que ir a ver al vicescanciller.

Babbs exhaló un gemido y protestó con todas las fuerzas de su alma de la ingratitud reiterada y de la no menos deslealtad de sus amigos. Danzó un baile salvaje en medio de la habitación, olvidándose de las botellas, y finalmente exclamó con amargo acento:

—No, no podéis hacerme eso... ¡Es cuestión de vida o muerte! Si no vais ahí mañana, me expulsarán de aquí; luego mi tío no querrá admitirme en la firma y la familia me enviará con las ovejas a Nueva Zelanda. En cuanto llegue, estarán esperándome y... y llamándome.

—¿Quiénes? — puntualizó Jack.

—¡Las ovejas! — profirió horrorizado — Treinta y cinco mil ovejas sucias y malolientes... ¡todas a un tiempo diciendo: Babbs, Babbs!...

Y pronunciaba su nombre balanceando como una oveja, expresando un odio y repugnancia tal que sus amigos se dieron por vencidos y, con las manos apoyadas en el estómago, dolorido por la hilaridad, confesaron el engaño.

—No te preocupes, no permitiremos que te expulsen — juró Carlos.

Suspiró aliviado, como si surgiera de una pesadilla y con ánimos para marchar.

—Me muero antes; la última vez que me suspendieron me tuvieron en Nueva Zelanda durante dos años. Si me vuelve a ocurrir me convierto en pastor de ovejas para toda mi vida. ¡Pastor de ovejas!

Su asco persistió, en tanto que Jack abrió la puerta poniendo de manifiesto a Basset. Este comunicó a Babbs que el disfraz estaba en la habitación esperando ser probado. Babbs corrió hacia la salida, escapando de Jack.

—Ahora mismo voy. ¡No me quites la maleta!

Jack se dio por satisfecho y ordenó a Basset que pusiera la mesa. Nuevamente entró Babbs y gritó al criado:

—Oiga, Basset, cómpreme un paquete de horquillas para el pelo.

—¿Y el dinero, milord? — preguntó, saliendo con él.

—Cójalo de la media corona que le di esta mañana.

—¡Ah!

Al estar a solas, Jack y Carlos se entregaron a las más deleitosas meditaciones de amor. Es de imaginar, por consiguiente, el humor que despertó en ambos el ser interrumpidos en tan amable tarea por una llamada en la puerta.

—¡Puede pasar!—gritó con todas sus fuerzas Jack.

—No me grites así, hijo, que vengo a traerte dinero—respondió una voz de bajo.

Pertenecía a un hombre gordo, alto y elegantísimo, que sonreía seronamente, esperando lo que sucedió. Jack le llamó padre y se arrojó a estrecharle entre sus brazos; presentó, después, a Carlos, quien muy discretamente desapareció para que conversaran a sus anchas.

Cheaney se pavoneó ante su hijo que le observaba con admiración apenas disimulada:

—Cada día te encuentro con mejor aspecto.

—No estoy mal para cincuenta y un años, ¿eh?—dijo satisfecho, estirando su corpachón.

—No lo cree nadie, papaito, elegante, guapo, jovial...

—No, no necesitas seguir, Jack. Tu cheque está ya preparado—dijo entregándole un papel.

Jack lo ocultó en un bolsillo y su padre sacó un cigarro de la cigarrera, le mordió la punta y se sentó en un sillón, aspirando el humo con fruición.

—Me gustaría poder comprar cigarros como estos.

—¿Esa que no puedes?

—No, hijo. Al entrar en posesión del título de la familia, me he encontrado también con las deudas. Son muchas, más de las que yo puedo pagar. Me parece, Jack, que durante unos años vamos a ser conocidos como pobretones educados, alegres y optimistas.

La noticia fué recibida por el enamorado Jack como una ducha fría sobre su pasión. Mentalmente se despidió de Kitty y de la casita blanca y rosa que edificara en sus frecuentes momentos de ocio cerebral. No tuvo ni fuerzas para moverse del sitio. Su padre al verle tan abatido, se dirigió hacia él, procurándole ánimos.



—Todavía queda un rayo de esperanza, hijo. Y es... que he encontrado un gran empleo para ti en Nueva Zelanda.

—¡Nueva Zelanda!—chilló Jack, acordándose de la pintura hecha por Babba.

—Un sitio precioso, ideal para la cría de ovejas.

—Sí, ya he oído hablar de eso. — De repente tuvo una intuición salvadora—. Oye, papá, tengo una idea. ¿No se arreglaría todo con una boda de conveniencia? Escucha: la tía de Carlos Wykeham, doña Lucía de Alvarórez, viene hoy aquí a almorzar; es una viuda muy rica y...

Su padre se horrorizó y le sacudió entre sus poderosas manos, esforzándose en hacerle recobrar el sentido exacto de la decencia.

—¡No! No hagas eso, Jack. No te aconsejo que te cases por interés, hijo mío.

—Si no hablo de hacerlo yo sí no tú.

Chesney abrió unos ojos adecuados al tamaño de su persona. De pronto se echó a reír, con tal potencia, que los muros amenazaron derrumbarse.

—¿Yo? ¿Eres el mismo diablo! Saldré adelante, hijo, no sufras por mí.

En vista de la obstinación paterna en mantener su viudedad y el celibato de su hijo, éste determinó jugarse el todo por el todo, ya que

Kitty y un futuro lleno de mieles bien valían un sacrificio.

—No quería decir eso. Confieso que pensaba egoístamente... Es natural: estoy enamorado. Quiero a una chica... como a ninguna, pero siendo pobre no tengo derecho...

La estocada había sido certera. Chesney se enfrentó con él, con expresión de enternecimiento. Suavizó la voz y sus manos casi resultaron frágiles al animarle:

—¿Qué tal es?

—¡Única!... Es una estrella. Para mí no hay otra.

—¡Una estrella! —murmuró su padre—. Parece que va en serio.

—Desde luego. Iba a declararme hoy en el almuerzo, pero... ¿qué tal son las ovejas de Nueva Zelanda?

—¡Muy feas y huelen bastante mal! Dile la verdad, hijo. ¿No esperarías?

—Creo que esperarías gustosa, pero tiene un tutor...

Chesney meneó la cabeza compasivamente. Poco a poco, siendo cero en poder de su hijo, fué inclinando su criterio a donde éste quería. El hombretón estaba conmovido.

—Tu madre y yo nos fuimos en circunstancias parecidas. Claro que yo contaba con algo.

—Si yo contara con un pequeño ingreso sería maravilloso.

—Lo comprendo, hijo. Veamos... ¿cuántos años tiene la tía de Carlos?

Jack sopló aliviado.

—¡Hum!, no lo sé. Supongo que noventa y cinco.

—Bueno. A esa edad no molestan demasiado. ¿Y estás seguro de que es muy rica?—preguntó, obteniendo una afirmación—. Tu madre desde el cielo me perdonará. Bueno, me quedo a almorzar hoy con vosotros.

De repente, Jack sintió que la conciencia le recordaba, claro está que con retraso, puesto que su padre, habiendo olfateado el dinero y habiéndolo comparado con la edad de la vieja, permanecería inmovible a todas sus súplicas. El muchacho, no obstante, supuso que sería de buen gusto insistir:

—No, padre, no; no puedo consentir que hagas eso por mí. ¡Una boda sin amor!

Su padre le apaciguó tan débilmente como su poco entusiasmo en la protesta merecía. Era demasiado alegre para no aceptar las cosas como vinieran y amaba a su hijo mucho, tanto que pudo replicar:

—¡Si lo voy a hacer por amor, hijo! Ahora voy a afeitarme antes que llegue. Con barba no se puede hacer una declaración. Después de todo debe ser agradable tener una chica, que es como una estrella, por

hija política. ¿Cómo has dicho que se llama?

—¡Kitty!—musitó atrevido.

Su padre le miró con conmiseración, pero no estuvo menos afable.

—¡Kitty!... ¡Es un bonito nombre, Jack!

El débil y gigantesco Chesney se marchó saciado de su buen comportamiento. Poco más tarde, un mozo entregaba a Carlos en la escalera un telegrama enviado por doña Lucía. No llegaría hasta la tarde. ¡Aquello era el fracaso!

—¡Jack, Jack, que no viene!

Este dió un salto, llevándose las manos a la cabeza. El paraíso de Jack mostraba algunas grietas.

—¡Eso no puede ser! ¡Es preciso que venga! ¡Estamos esperándola! Ponle un telegrama. Dile... Las chicas no se quedarán si no hay una persona de respeto.

—¡Jack, mira! —ordenó con un alarido Carlos, desde la ventana.

Kitty y Amy caminaban por el jardín en dirección de su departamento. ¡No había tiempo para nada!

Se pasearon por la habitación como leones, hambrientos de ideas.

Y en aquel preciso instante llamaron a la puerta.



CAPITULO III

LA TIA DE CARLOS

Al sonar los golpecitos se encogieron sobre sí mismos como si estuvieran disparando contra ellos. Pero luego se impuso la lógica. Kitty y Amy no podían ser. Jack, animado, salvó de dos zancadas la distancia y franqueó la entrada al recién llegado con un vigoroso tirón y un vocerío horriblo.

Luego, tragó saliva.

Una anciana de talla mediana, vestida de luto y con una capotita, de la que se escapaban unos rizos simétricos y rubios, estaba en el umbral, tapándose la cara con un abanico de encaje negro.

—¡Adelante! ¡Que pasen!—gritaba Jack, que se corrigió—. ¡Ah, usted perdone! ¿En qué puedo servirle?

Su tono era ya el de un caballero. La anciana siguió muda y se portó de una manera extraña. Con un saltito, arrojó su abanico al suelo. Naturalmente, el muchacho se apresuró a recogerlo, se puso de espaldas y... recibió una patada fenomenal que lo lanzó a un metro de distancia.

—Bueno, muchachos, ¿qué os parece?

La anciana hablaba con voz varonil y se adentró en el departamento a grandes pasos.

¡Kra lord Pancourt Babberley, alias Babbal!

Jack se puso de rodillas, preguntando qué era aquello. Carlos voló hacia su amigo, que se paseaba muy ufano y lo señaló al arrodillado.

—¡Babbal... ¡Tía!

—¡Tía!—repitió Jack, comprendiendo su idea.

—¿Dónde está?—se asustó Babberley.

—No ha podido venir—respondió Carlos.

—Y nos hace falta tener aquí otra carabina—insinuó Jack.

—¿Por qué no traías a la señora de...?—pero cayó en la cuenta de sus intenciones y rugió—: ¡No, no! ¡Eso sí que no!

Saltó hacia la puerta, pero fué detenido por sus dos amigos, de cuyas manos pugnó por escaparse.

frenético, sin hacer caso de sus gritos.

—No tienes más remedio.

—¡Dejadme! ¡Ni lo penséis siquiera! ¡No me da la gana! ¡Dejadme, canallas, que me dejéis, digo!

Despreciando sus razones, entre las que sobresalía la de que si les había engañado también engañaría a las muchachas, se revolcaron por el suelo, saltaron de un lugar a otro, hasta que, fatigados por su tenacidad, y a una musca de Jack, le dejaron en paz.

—¡Perfectamente! —exclamó entonces Jack—. Oye, Carlos, estaba pensando que no recuerdo haber visto a Babbs resbalar en la escalera ayer.

—¡Qué casualidad! ¡Yo tampoco me acuerdo!

—Si no lo hemos visto no podemos decirlo a Redcliff, ¿verdad?

—Claro que no, sería mentir, ¿no crees?

Babbs se volvió hacia ellos con el rostro lívido, los rizos descompuestos y otros síntomas denotadores, no sólo de la pelea anterior, pero asimismo de que se declaraba impotente, aunque insistiera lamentablemente:

—Tenéis que hacerlo. ¡Si no me expulsarán!

—Así podrás visitar a tus ovejitas del alma.

—¡Esto es una estafa inmunda! —gruñó.

—Si—confesó Carlos con cinismo.

Babbs, despechado y zarandeado por encontrados pensamientos, se sentó en el sillón frontero a la puerta, presa de un caos interior, pero comprensible en un hombre que se ve obligado a cambiar de sexo, Jack quiso hacerle ver la parte "razonable" del asunto en pocas palabras.

—Es muy sencillo. Se trata de ayudarnos mutuamente.

Mientras tanto, sus dos invitadas, Kitty y Amy, estaban titubeando ante la puerta del departamento, dominadas por el rubor de dos jóvenes solteras que han de entrar en la morada de unos hombres. Después de mucho vacilar y desde una distancia conveniente, Kitty consiguió golpear la madera con el mango de su sombrilla.

El revuelo que produjo la llamada, fué proporcional al problema que tenían que resolver con Babbs y a otros cien mil detalles relacionados con el descuido y el criterio original de los estudiantes sobre el adorno de sus habitaciones, las colillas, botellas y retratos de coristas.

Mientras iban haciendo desaparecer todo vestigio delator de la parte "alegre" de su existencia, suplicando paciencia a las jovencitas, Carlos animaba a Babbs, que, con las faldas dobladas sobre los pantalones y una pierna sobre otra, se mordía iracundo las uñas.

—A esto no hay derecho. ¡Es una canallada!

—Pues escoge entre la tía y las ovejas. ¡Tú verás!—contestó Jack.

—¡Lo habíais prometido! ¡Es que os vais a aprovechar de nuestra antigua amistad?

—¡Pues claro que sí! — afirmó Carlos, guardando unas celillas bajo la alfombra.

—Decide—susurró Jack.

—Me tenéis en vuestras manos. Pero ¿qué tengo que hacer?

—Levantar la voz y bajarte las faldas. ¡Así!

El mismo las arregló y dió unos toques a la peluca, que soportó Babbs malhumorado. No obstante, no corrigió su actitud, sea por costumbre, sea porque lo hiciera intencionadamente. Jack abrió la puerta y Carlos tapó sin percatarse a Babbs, que se lo agradeció fervorosamente.

Hubo un momento de protestas, explicaciones, saludos calurosos, espiados por la "tía" entre las piernas de su "sobrino". Dado su humor, las jóvenes se le antojaron deliciosamente estúpidas y más cuando vacilaron antes de entrar, preguntando por él, mejor dicho, por la "tía".

Jack le presentó a las jóvenes, que hicieron una reverencia, cohibidas por su ceño, el cual no se apaciguó hasta que un par de oportunos balidos le hicieron abrir la boca.

—¿Qué tal?...—sonó su voz na-

tural que corrigió adelantándola—. ¿Qué tal están ustedes?

Esperó la respuesta con tanta ansiedad como sus dos amigos. Pero las jóvenes se tragaron el anzuelo y corrieron hacia él con un ramo de flores en la mano.

—Le he traído unas flores.

Babbs casi desorbitó sus ojos y se olvidó, sin casi, de modular la voz.

—¿Para mí?...—pero enmendó la voz y la expresión—. ¿Para mí? Sois muy amables, hijas mías.

Se quedó con el ramo entre los dedos y sin saber qué hacer. Carlos apresuradamente se llevó a ambas jóvenes, pretextando que tenía un cuadro interesante que enseñarles, pero, en realidad, quería alejarlas del espectáculo que la consternación de Babbs ofrecía y que, indudablemente, hubiera despertado su asombro.

Era la primera vez en su vida que Babbs había sido agasajado con flores. Y sólo el recuerdo de Radcliff impidió que se volviera loco. Estupefacto, era el vivo retrato del anonadamiento.

—Dime qué tengo que hacer con esto—suplicó a Jack, que estaba a su lado.

—Póntelo en el vestido—sugirió el joven, cuyas ideas sobre indumentaria y adorno femeninos asimismo eran muy difusas.

Ni corto ni perezoso se levantó del sillón, se metió el ramo en un bolsillo de la falda y se paseó pre-



ocupado por la habitación, seguro de que su equilibrio le indicaba que estaba cometiendo un error. Por suerte, sus amigos estaban entreteniendo a las jóvenes por el procedimiento de cantarse mutuamente alabanzas, que a Babba se le antojaron estúpidas.

Envió un mensaje telepático a Jack, que éste acusó. Le enseñó las flores y el mal efecto que producían en la falda. Jack se señaló el cuello y Babba, imaginando comprender su intención, se metió el ramo por el escote. Pronto se percató de que el cambio tenía sus pros y sus contras, puesto que 'as flores se aplastaban contra su cara, impidiéndole respirar a gusto.

Desesperado, se desplomó contra una silla, en donde, quiera que no, estuvo aspirando metro cúbico tras metro cúbico de aire perfumado por las corolas, preguntándose qué placer experimentarían las mujeres en llevar flores.

Finalmente, las jóvenes decidieron que el departamento ya no ofrecía nada curioso y se volvieron hacia la "tia", que más que persona parecía un espantapájaros con la paja rebosando cuello arriba. También se asustaron Carlos y Jack de la agonía de su amigo y se quedaron inmovilizados por el estupor.

Amy, cuyo criterio sobre la señora, como el de Kitty, se inclinaba a decidir que no debía de estar

muy bien de la cabeza, le suplicó con respeto:

—¿Me permite que las coloque en un florero, doña Lucía?

—Eres muy amable, hijita—aseguró Babba, medio muerto.

Carlos condujo a su adorada hacia la mesa y le indicó un jarro con los ojos en blanco. Los demás siguieron aquel movimiento, en especial Babba, que recobraba su amor a la vida y experimentaba un apetito singularmente aguzado.

Pero Basset estuvo en un tris de echarlo a perder todo. Llevaba un encargo para el hombre-mujer y estaba decidido a darlo, según las más elementales reglas de la cortesía. Se inclinó, pues, ante Babba y dijo:

—Usted perdone, milord, dice el...

Jack echó la capa al toro a toda velocidad. Dió un codazo al criado y le riñó con altivez:

—Oye, Basset, ¿cuántas veces he de decirle que no me llame milord? Al menos por ahora, más tarde quizá, pero ahora no. Quiero que ponga un cubierto más para mi padre. Colóquelo al lado de... doña Lucía.

El retintín que acompañó a esta frase hizo deducir al criado que los estudiantes tramaban algo y mirando a las jóvenes quedó convencido de que había acertado. Y con prontitud subsanó el error.

—¡Ah, ya comprendo!—pero siguió diciendo—: al cruzar el patio,

señor, he visto a un caballero que sin duda alguna se dirigía hacia aquí. Me parece que es el señor Spettigue.

Se arrojaron todos contra la ventana. En efecto, el señor Spettigue, con cara de pocos amigos, devoraba a marchas forzadas los escasos metros que le separaban del edificio.

—¡Ah! El señor Spettigue. ¿Qué hacemos?

Fué Kitty la que rompió el fuego. Armóse un alboroto de los que hacen época.

El taimado vejete había simulado marcharse para cogerlas en el garlito. Carlos y Jack, mientras Bassett ponía discretamente los pies en polvorosa, hicieron entrar a las muchachas en su alcoba y ellos hicieron otro tanto, impidiendo que Babbs les siguiera en la fuga.

—¡Tienes que librarnos de él!

—¡De ninguna manera! — gritó Babbs olvidándose de su entonación.

Y aunque golpeó con los puños la puerta, sus amigos no cedieron. Abandonado a sus propios medios, que consistían en sus ropas de mujer y su abanico, supuso que lograría hacer retroceder a Spettigue.

Al entrar éste pidiendo a voz en grito ver a Jack, Babbs dió una patada en el suelo, que se le antojó muy femenina, y hecho un basilisco se lanzó contra él.

—Bueno, no chille. ¡Le advierto que no soy una criada!

—¿Dónde está el señor Cheaney y el señor Wykeham?

—¿Y dónde está la buena educación, viejo insolente? Descúbrase en presencia de una señora o haré que los periódicos publiquen su descortesía.

Spettigue se quitó el sombrero, pero le apartó a un lado y recorrió la habitación hasta que Babbs le frenó ante la puerta de la alcoba.

—¡Así está mejor! — aprobó, mirándole la calva—. ¡Es un queso!

Pero las bromas ni las coquete-rías podían con el furioso hombrecillo, que insistió iracundo:

—Desco ver a esos dos caballeros ahora mismo.

—No puede verlos, porque yo soy el único caballero que hay aquí.

—¿Qué? — se maravilló el hombrecillo del disparate.

—Bueno, quiero decir que...

—He visto claramente dos señoritas que entraban aquí.

—Es curioso, porque la única señorita que hay aquí soy yo. — Le olió la boca con malicia—. Claro que su borrachera puede que haya visto doble, eso es muy natural... ¡Un poquito de amoníaco, amigo mío!

Spettigue no acusó el tiro o hizo un avance hacia la alcoba. Mas el cuerpo de Babbs estaba allí para impedirlo.

—Seguramente habrán ido al jardín—gruñó.

—No se moleste, que no están.

—¡Pues habrán vuelto a la ciudad!

—Entonces, ¿por qué no va a buscarlas? Si puede usted andar en esas condiciones.

—¡Señora, estoy completamente sereno!

—Sereno, ¿verdad?—se rió a carcajadas—. ¡Está borracho!

—Señora, le aseguro...

Babbs le empujó hacia la salida mientras decía esto, y le franqueó el paso muy consolado, aunque con deseos de lanzarle una indirecta final.

—Redímase de ese vicio tan reprochable y sálvese antes de que sea tarde.

Abrumado por la humilia, Spetigue abandonó el campo. Se puso el sombrero en el corredor; no obstante, como dejara la puerta abierta, la tentación pudo más en Babbs que el papel que estaba representando. Cogió un libro y lo lanzó hacia el vejete, enviando su sombrero contra la pared delantera.

—Algo me ha caído en la cabeza—aseguró con cierta dignidad.

—Serán las copas que tiene de más.

Babbs casi había cogido gusto al fraude, puesto que le permitía atacar sin sufrir las consecuencias. Muy satisfecho de sí mismo, dió con los nudillos en la pared de la alcoba.

—Ya podéis salir, muchachitas.

Kitty y Amy, prodigando fervorosos elogios, se apoderaron de él,

le abrazaron y besaron, con lo que el cariño a su nueva personalidad subió a regiones vertiginosas. Como también podía responder a las caricias estampó un sonoro beso en las mejillas de ambas muchachas.

—¡Qué sinvergüenza! ¡Le voy a romper la cabeza! —amenazó Carlos.

Pero Jack, en lugar de amenazar, obró. Estiró de Babbs y le empujó hacia el sillón. Babbs no soltó a ninguna de las dos y continuó demostrándoles su afecto. Carlos, incapaz ya de contenerse, gritó, al pie de las ventanas:

—Señoritas, todavía no han admirado la vista de los claustros, ¿verdad?

Las jóvenes corrieron hacia él, que, asombrado de su éxito, tartamudeó a continuación, en tanto que Jack daba una patada a la espiniella de Babbs:

—Cuando el día está claro se ven con mucha claridad. ¡Claro cuando está claro!

Distraídas de esta forma no advirtieron la entrada de Bassett, que se acercó a Jack y le murmuró:

—Acabo de ver a su padre subir por las escaleras, señor.

—Bien, gracias —Y dirigiéndose a Babbs—: Mucho cuidado cuando mi padre esté aquí.

Al ordenar esto, el muchacho hizo rechinar los dientes, porque empezaba a abarcar los efectos de la conspiración. Babbs se recostó des-



esperado en el sillón, subiéndose las faldas para estar cómodo.

—¿Por qué? ¿También tengo que ser pariente suyo encima?

—¡No digas eso, idiota! Eres la tía de Carlos, del Brasil.

—¡El Brasil! — repitió consternado.

—Sí, de donde viene el mejor café.

Las muchachas se sobresaltaron un poco al llamar Chesney. Inmediatamente se tranquilizaron al estar en la presencia del afable y distinguido caballero. Se interpusieron, durante las presentaciones, entre Chesney y Babbs, de modo que el primero sintió una curiosidad inmensa por ver a su "víctima".

—¿Y "ella" aun no ha venido?

Jack no tuvo corazón para presenciar ni dirigir el encuentro y traspasó a Carlos, que asimismo veía visiones, el encargo de hacer las presentaciones. Babbs, puesto en la coyuntura de vivir o perecer, le dio a besar la mano con coquetería.

—Soy la tía de Carlos, del Brasil... de donde viene el mejor café.

Chesney se horrorizó de la varonil catadura de la anciana, que no parecía estar dispuesta a fallacer de un momento a otro como le habían anunciado. Así que hubo ocasión, musitó a su hijo:

—Hay algo peor que los noventa años, hijo.

—Escucha, tengo que explicarte... —suplicó Jack.

—Deja—ordenó, aceptando el sacrificio y levantando la voz—. Mi hijo me ha hablado de lo rico... de lo simpática que era usted, y después de verla aseguro que mi hijo es maestro en materia femenina.

El cuerpo de Babbs se estremeció en una carcajada que no tenía nada de fingida. Dióle con el abanico un golpecito insinuante en el hombro, intentando dominar la alegría que retozaba por su interior.

—¿Qué amable es usted! ¡Mire qué flor tan bonita lleva!

—¿Le gusta, señora? ¿Quiere usted aceptarla?—ofreció.

—Gracias, sir Francis — dijo oliéndola—. La disecaré en recuerdo suyo.

Nuevamente sus carcajadas resultaron extemporáneas. Jack no sabía en dónde estaba y Carlos lo sabía demasiado, tratando de disimular la conducta de su "tía" a las jóvenes. Basset salvó la situación anunciando que la comida estaba servida.

—Gracias, Basset. Papá, da el brazo...

—A doña Lucía, naturalmente— dijo haciéndolo.

Así que estuvieron delante de la mesa, Carlos tuvo la esperanza de que Babbs se hubiera enmendado de su conducta y hecho mientes se encará con él.

—¿Quieres indicarnos cómo nos sentamos, tía?

—Sí, las muchachas se sentarán a este lado, junto a mí.

—Pero, tía, tienes que cortar el corderito.

Alargó tanto la sílaba final, que Babbs se dió por aludido. Cada cual se sentó como le plugo y Chesney se empeñó en hacerlo junto a la "tía". La comida transcurrió con bastante normalidad hasta que Jack mandó al criado que descorchara el champaña.

Basset lo buscó inútilmente, mientras Babbs se esforzaba, con el ardor del culpable, en animar la conversación con unas cuantas frases en elogio del clima. Pero los ojos de Jack y de Carlos eran tan acusadores que no tuvo valor para sostenerlas.

—¿Qué busca?

—El champaña, tía.

—¿Pero no tenéis champaña? Yo he traído unas botellas. En mi maleta, Basset.

Los desconocedores del meollo del asunto alabaron la previsión de la "buena señora". Basset casi tropezó con un individuo diminuto, el cual invadió el departamento con un grito pavoroso que les levantó de las sillas.

¡Era Spettigue!

Y rugía, rugía masticando las palabras antes de arrojarlas contra su sobrina y su pupila.

—¡Era cierto! ¡Estaba bien seguro!

Un huracán de protestas barrió la tranquilidad. Las excusas entrecuchaban con los ruegos, las protestas con los gemidos. La habita-

ción se convirtió en una borrasca. Spettigue, como un amante defraudado, se gozaba en su victoria, en su descubrimiento, haciendo alardes de dignidad ofendida, ensordeciéndoles, enmudeciéndoles.

—Creísteis que iba a Londres, por eso vinisteis aquí.

La pura travesura que retozaba en Babbs, como se ha dicho, afloró. Con el ahánico derribó el sombrero del vejete y se le encaró con tal decisión que dió unos pasos atrás.

—¿De dónde ha sacado usted ese sombrero? ¡Quíteselo!

—Es usted una vieja estúpida... ¡Le suplico que no intervenga!

—¿Estúpida yo?

El grito de Babbs sobresaltó a las jóvenes, que barrunteron una catástrofe. Chesney, impulsado de lo más hondo de su caballerosidad y más aun por el interés de impresionar a una persona, dueña de tantos millones, se interpuso. Spettigue contempló amedrentado aquella montaña de carne.

—Un momento, señor, no debe ofender así a los amigos del señor Wykeham.

Pero Spettigue prefirió no responder. Y sin referirse a nadie en particular, acusándoles a todos como a una partida de libertinos, prefirió estirando su rechoncho cuerpecillo:

—Lo único que digo es que no puedo tolerar que mi sobrina y su «miguita, sin pedirme permiso, hayan venido aquí.

—A conocer a la tía del señor Wykeham—interrumpió Kitty.

—¡Eso no es cierto!...

Pero ya era perceptible que su seguridad se derrumbaba por momentos. Además, tenía la vaga idea de que aquella vieja, recia y mal encarada, que tenía frente a él, era persona de importancia.

Chesney se ocupó de encarrilarlo todo; se puso entre el tutor y Babbs y dijo ceremonioso:

—Permítame que le presente, señor... Doña Lucía de Alvadórez, el señor Spettigue.

Los ojillos de Spettigue se abrieron ávidamente. Acababa de recordar. ¡Qué necio había sido! Pero la viuda no parecía tenersele en cuenta. Allí estaba oronda, enviándole unas ojeadas rápidas e incendiarias, entre pestañeo y pestañeo, capaces de demoler la avaricia... Claro está. ¡Bueno!

—¿Doña Lucía de Alvadórez? ¿La millonaria? ¡Muchísimo gusto! — y con reverencia versallesca besuqueó su mano.

Babbs creyó oportuno soltar una de sus agudas carcajadas y después retirar su diestra, levemente ofendido, pero sin dejar de ser seductor.

—El gusto es mío, señor Spettigue. Soy la tía de Carlos del Brasil, de donde viene el mejor café.

—Perdone, perdone mi comportamiento brusco. Ahora comprendo que estas señoritas han venido sólo a presentar sus respetos a una se-

ñora tan hermosa y me avergüenza mi falta de caballerosidad.

Todos cambiaron una mirada de complacencia. El león había perdido sus garras. Chesney se mordió los labios, adivinando que Spettigue iba a entrar en la competición, en la desenfrenada carrera por la posesión de los caudales del vejestorio.

—Basta de disculpas — suplicó Babbs con intención—. No se puede ser siempre caballero, ¿verdad?

Su atrevimiento les sobresaltó, pero la piel de Spettigue era demasiado dura para que alfilerazos semejantes hicieran mella en ella, y rióse de la supuesta gracia de la vieja. Entonces Babbs tuvo una gran ocurrencia.

—Ya que está aquí, señor Spettigue, ¿quiere quedarse a almorzar?

El aludido hizo una mueca de placer al escuchar la invitación. Aquello superaba a todos sus ensueños. Con gran disgusto de Chesney, no dispuesto a soportar la terrible competencia que barruntaba, y con enorme gozo por parte de los jóvenes, especialmente de Jack, que ya consideraba a salvo a su padre del engaño, adoptó el vejete un acento insinuante e íntimo al preguntar:

—Siendo su desco... ¿Estoy perdonado?

—¿Perdonado? — se sorprendió Babbs—. ¿Quiere aceptar esta flor como símbolo de paz?

Chesney se encoló súbita, furio-



samente. ¡Su regalo pasaba a otro! Vieja o no, doña Lucía era inconstante: al fin mujer. Carraspeó furiosamente. La flor hizo las delicias de Spettigue, que se atrevió a besarla.

—¡Ah! Gracias... gracias.

Chesney le ofreció el brazo para acompañarle a la mesa y otro tanto hizo Spettigue. Dijeron al unísono:

—Señora, permítame...

—No, no, permítame.

Babba zanjó el problema cogiéndose del brazo de ambos. Llegaron a la mesa. Basset puso un cubierto

más. Chesney y Spettigue quisieron acercarle la silla, pero al coincidir en la galantería, se pararon con la silla en medio, fulminándose con los ojos.

—Ahora podemos sentarnos—ordenó Babba—. Basset, puede usted servir el...

Y se sentó. Chesney y Spettigue abandonaron su desafío. Las muchachas gritaron. A Babba se le antojó que caía de un quinto piso, pues... se había sentado en el vacío y no paró hasta chocar contra el suelo, arrastrando a Chesney y a Carlos.

## CAPITULO IV

## LLUVIA DE DECLARACIONES

Cuando se terminó la comida, Babbs coincidía con todas las opiniones de las mujeres respecto a los hombres. Eran repugnantes. Le asediaban sin escrúpulos dos varones de cierta edad por unos millones que no tenía... El papel le fatigaba y lo hubiera echado a rodar si no fuera por los balidos...

Chesney logró apartarle de Spetigue y le llevó a pasear por los jardines de la Universidad, más sentimental a medida que pasaba el tiempo.

—¿No es romántico pensar que Shelley fué por este mismo paseo y ahora vamos nosotros?

—¡Ah, sí! ¡Qué emoción! — exclamó Babbs, aniquilándole con el pensamiento.

Chesney aumentaba su atrevimiento por minutos. Redcliff desembocó en la vereda en el instante en que Babbs iba distraído. Como el cuello tortido del director no le permitía percibir claramente las cosas situadas a su derecha, chocaron ambos, exhalando una exclamación de dolor.

El insulto que iracundo Redcliff iba a proyectar sobre el descuidado, se convirtió en un tartamudeo sorprendido, y tanto más cuanto que volviéndose a él la señora anciana le hacía unos alegres guiños que le transportaron a sus años primaverales.

Chesney observó el atrevimiento de la dama, cuya fragilidad espiritual hacía peligrar su conquista. La vereda estaba sola. No había tiempo que perder. Paró a Babbs y dijo, con un calor sentimental que erizó los cabellos del joven:

—Y ahora que estamos solos, doña Lucía, tengo muchas cosas que decirle.

—Me alegro, yo también quisiera decirle algo...

Pero se detuvo. Jack y Carlos le degollarían si se denunciaba como Babbs.

—No tenga miedo, doña Lucía. Deje a su corazón que hable.

Babbs hizo unas eucamonas, adecuadas a su rubor virginal, y protestó:

—No creo que sea este el momen-



—Babba conduce para un estudiante de Oxford.



—Lo siento mucho, Babba, pero las necesitamos todas para el almuerzo.



—Jack se apresura a quitarse la maleta.



—Dijiste que podía quedárnosla hasta el sábado.





—No te preocupes, no permitiremos que te espulsen.



—¿En qué puedo servirte?



La anciana siguió muda y se portó de una manera extraña.



—¡Total!



...Se trata de apedernar mutuamente.



—Le hemos traído unas flores.



—Descubrase en presencia de una señora...



Kitty y Amy, prodigando fervorosos elogios...



—le abrazaron y besaron—



—¡Es usted una vieja estúpida!



...a Babbs se le autojó que cosa de un quinto pino.



Le seducieron sin escrúpulos dos varones de cierta edad por unos millores...





La muchacha le agradeció su ayuda...



El padre de Jack iba a declararle su amor.



—Tengo que recibir a esa mujer.



...casi pilló a Bahs aferrándose...



—Las muchachas le abrazaron...



—Y él les devolvió las caricias con el mayor desago...



—Indicando a Spettigue una dirección falsa...



—¡Ay, señor Spettigue, es que brinco de alegría cada vez que le veo!



—Quiero que me dé una carta dando su consentimiento para que se casen Amy y Kitty con Carlos y Jack.



—Hay un misterio que nos une para siempre y que no se qué es.



Las mujeres hablaban de cosas que le aburrían.



—Verá usted... no estaba fumando un "Perfecto" —





—Dígame, ¿cree usted en el amor a primera vista?



—¿Es cierto lo que me has dicho?



—¿Qué mano tan suave y deliciosa!



—¡Pero si él no es doña Lucina!  
—No, pero yo sí.

to oportuno. Tengo una idea; espéreme en aquel jardincillo dentro de quince minutos.

—Bueno; podremos hablar tranquilos—dijo Chesney con el rostro resplandeciente—. No olvide que la espero.

Babbs le tranquilizó y agitó el abanico hasta que un macizo le ocultó de su vista. Como un rayo, dando grandes zancadas, corrió hacia el edificio en donde estaba su habitación para cambiarse de indumentaria, pero un sisco le obligó a cambiar de conducta, refrenando su paso.

Spettigue se arrojó sobre él y más osado que Chesney, se apoderó de sus manos y las estrechó calorosamente.

—Ya he visto que se libró de sir Francia.

—Sí, le estaban esperando—respondió, rechinando los dientes.

—Mejor. Ahora que se ha ido ese pobretón, quiero hacerla una confesión que me está atormentando desde el primer momento que la vi.

—Estoy segura de que será muy interesante para los dos.

Spettigue, animado por esa respuesta, quiso arrastrarle con él.

—Quiero llevarla a un rincón apartado, una glorieta sombreada. Está junto al río.

—¡Ah, magnífico! Vaya usted que yo iré más tarde.

—Venga conmigo.

—No, piense en mi reputación,

pueden murmurar si nos ven juntos.

Spettigue, sino convencido, convino en ello y se alejó hacia el lugar encantado, dando unos ridículos saltitos, que creía que eran el colmo de la elegancia. Así que hubo desaparecido, Babbs corrió como un desesperado lejos de todas las personas.

Jack y Kitty estaban sentados en un banco. El primero pasaba unos apuros para declarar su amor que le hacían palidecer. Y tras de muchos tropesones, finalmente, apuntó la cuestión a la joven, que esperaba sus palabras en vilo. Pero no llegó a oírías, porque intervino Chesney suplicando que le dejara hablar a solas con su hijo.

El respeto filial de Jack se quebrantó y acusó al autor de sus días:

—Cuando me iba a declarar, me has interrumpido.

—Ahora, Jack, ya puedes hacerlo con la conciencia tranquila.

—Papá, siempre he tenido la conciencia tranquila—exclamó malhumorado.

—Pero ahora lo estarás más que nunca, hijo. ¡Volvamos a ser ricos!... ¡Doña Lucía es mía!... Bueno, quiero decir... nuestra.

Jack tuvo que tragar saliva apesadumado. Babbs estaba haciendo unos disparates mayúsculos. Chesney los mataría cuando supiera la verdad. Iba a ocurrir algo terrible si no lograba disuadirle.

—¿Te has declarado?

—Aun no, pero como la vieja me anima con la mirada, voy a declararme ahora.

Jack le cogió por los brazos y le hizo mirar de frente a sus ojos. El muchacho estaba acongojadísimo: su padre, empeñado en hacerle feliz. ¿Qué hacer, Dios mío?

—No papá, no hagas eso. ¡Te lo prohíbo!

—Vamos, Jack, no digas estupideces; ya no lo hago por ti, sino por mí.

—Papá, ¡no puedes hacer eso! ¡No podemos! No debemos tener una persona así en la familia. ¡Sería un escándalo!

—¿Escándalo? ¿Una anciana tan seria y respetable como esa?

Jack optó por fin declararle la verdad. Pero le faltaron fuerzas como a Babba.

—Es preciso que te diga una cosa. Ignoras... que no es lo que parece. No, ¡no lo es! Tiene un pasado muy turbio.

—¿Muy turbio? No se puede tener un pasado turbio con esa cara, Jack. ¡Es imposible!

¿Se habría enamorado de verdad su padre de Babba, es decir, de la "tía"?

—¡No siempre ha sido tan fea! ¡Además, bebe! ¡Créelo! ¡Se emborracha continuamente! Es cierto. Lleva el champaña en la maleta, ya lo has visto en el almuerzo.

El tiro había dado en donde Jack quería. Cheaney sacudió la cabeza, emocionado por el cariño de su

hijo y la horrorosa revelación. Pero volvió sobre sí, murmurando:

—Desde luego, nunca me han gustado las mujeres que beben mucho — se encogió de hombros —: Bueno, después de todo, yo beberé con ella; no será para mí un gran sacrificio.

—No, papá, ahora no, espera unos días.

—¿Unos días? No, Jack, tengo que adelantarme a ese sinvergüenza de Spettigue. Tiene la pretensión de casarse con ella también.

La capacidad de resistencia del muchacho había sobrepasado el límite de asimilación. Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y repitió atontado:

—¿Spettigue?

—Sí, y si lo consigues, despídete de Kitty para siempre. No, hijo, sé cuál es mi deber y voy a cumplirlo. Primero voy a subir a tu habitación a tomarme un whiskey doble con soda. Para hacer el amor a ese estafermo hay que llevar unas copas de más. ¿Dónde tienes el whiskey?

—En el piano—murmuró Jack.

Lo cual convenció a Cheaney de que el amor había vuelto imbécil a su hijo.

Babba encontró a Amy y a Carlos cerca del edificio habitado por ellos. La muchacha le agradeció su ayuda y, como resultaba un grato espectáculo para su fatigado cuerpo y no menos asendereada alma, y, acaso, también para vengarse de



Carlos, la invitó a ver el monasterio desde allí.

Carlos se mordía impotente los nudillos cuando Jack, en no mejor estado de espíritu, se le acercó. El primero señaló al segundo el grupo que formaban Amy y Babba, cuyo brazo rodeaba la cintura de la joven, con una amargura rabiosa.

—Mírale, con toda frescura acaba de robármela.

—¡Eso no es nada! ¿Sabes dónde está mi padre?—gritó Jack—. Intentando animarse con un whiskey doble para hacerle el amor a Babba. ¡Como lo oyes!

—¿Hacerle el amor a Babba?—se asustó Carlos.

—Sí... ¡por mi bien! Tenemos que hacer algo con este granuja.

Llamó a Babba con una cortesía tan marcada que inmediatamente la "tía" supuso que le esperaba alguna faena desagradable. Carlos restató a Amy de su poder, mientras que Jack pegaba un empujón a Babba, llevándole a un rincón del jardín.

—Bruto, no olvides que soy una anciana muy delicada.

—¿Has estado tomando el pelo a mi padre?—preguntó de mal talante.

—No, no he hecho más que agitar las pestañas.

Jack levantó los brazos y los dejó caer con estrépito.

—¡Lo suficiente! ¡Se te va a declarar!

—Bueno, que se me declare si

le pare... ¿Qué? ¡No, no! ¡A mí no! ¡No pienso casarme con él!

Pasó por delante de su amigo como una ráfaga de viento. Jack no anduvo menos listo y defraudó sus propósitos de ir a su habitación a cambiarse de traje.

—No seas idiota, Babba, lo que tienes que hacer es conservar la calma.

—¿La calma? ¿Con un enamorado detrás de mí? No, Jack, estoy harto. Voy a quitarme este diafragma ahora mismo—pero se detuvo al balar Jack y se resignó—: Está bien, pero, si llego un día a ser tu madrastra, no me culpes. Vamos, hombre, ¿qué estás esperando? Trac al viejo libertino y lucharé con los dos a un tiempo.

—Mi padre ha estado tomando ánimos con el whiskey. Está nervioso.

—¿El está nervioso? ¿Y cómo crees que estoy yo?

Jack no tuvo tiempo de contestarle. Su padre apareció depositando una botella y un vaso en una mesa que había en un rincón cercano. Babba anduvo de puntillas hacia él, con una flor en la boca, y se sentó, riéndose como un loco e intentando apoderarse de la botella, lo cual confirmó a Chesney que su hijo no había mentido. Sin embargo, no perdió el tiempo y poniéndose cerca, insinuante, galanteó:

—Doña Lucía, sepa usted que habiéndola visto hoy por primera vez, es para mí como encontrar una flor

en medio del desierto desamparado y triste de mi vida.

—¿Esa flor soy yo?—preguntó Babbs, dándole un golpecito.

—Sí, doña Lucía, sí. Doña Lucía, ¿sabe usted a lo que aspira un hombre cuando está desconsolado, deshecho y solo?—Babbs señaló la botella, pero él protestó—: ¡No, no, no!... Aspira a plantar esa florecilla en su corazón y cuidarla con gran ternura y amor, viendo desarrollar su belleza con todo su esplendor. Y... ¡para encontrar esa florecilla he tenido que venir desde la India!

—¿La India? ¡Entonces, debe estar muy cansado! Siéntese.

—¡Ah, gracias! Ahora que he encontrado esa florecilla quiero que sea mía siempre, que cruce por la vida de mi brazo para mostrarle la belleza del Taj Mahay y la caricia de la luna tropical. ¡Ah! ¡Maldita sea!...

Esto último no iba dirigido a Babbs, que lo merecía, sino a la botella que, entre los tirones del sediento joven y los violentos retrocesos del avisado Chesney, rodó por la mesa, derramando su contenido. Babbs llenó un vasito con el líquido restante y lo bebió, de la misma manera que poco antes había tenido que escupir el corcho, arrancado con los dientes, con una furibunda mueca de alcohólico.

Chesney pasó por alto su desagradable comportamiento y retiró la botella, prodigando las excusas:

—Perdone esta expresión tan

grosera. Es que estoy muy nervioso. Lo siento muchísimo...—y volvió al asalto—. Para no perder más tiempo, doña Lucía, ¿quiere usted ser mi florecilla? ¿Quiere ser mi esposa?

No le costó mucho simular rubor a Babbs, puesto que estaba azorado de verdad. Titubeó, buscando una contestación adecuada, mirándose las uñas.

—Pues verá usted...

—¿Me da una esperanza?—rogó Chesney.

—Temo que no pueda ser. ¡No, no hay esperanza! Abandone su pretensión. Con franqueza, sir Francis, yo aspiro a casarme con un hombre más joven. Además tiene usted un hijo, y yo... todavía no tengo edad para ser madrastra.

—¿No tiene edad?—musitó maravillado de su presunción.

—Soy demasiado joven para pensar en eso. Pero no siempre tendré tan pocos años...

—No, supongo que no—convino Chesney haciéndose cruces de lo que oía.

—Le prometo a usted una cosa, sir Francis. Cuente conmigo como con una hermana, si le interesa. Es lo único que puedo hacer.

Cuando sir Francis, después de tragarse las calabazas con el mejor humor del mundo, se marchó con la botella bajo el brazo, Babbs salió del rincón del jardín, llegando a tiempo de ver que Jack conversaba con una bella y elegante des-

conocida. Retrocedió al preguntar ésta por el lugar en donde se le podía encontrar.

Jack se quedó boquiabierto, mientras su amigo maldecía las faldas que le imposibilitaban atender a la hermosa dama, que no era otra que doña Lucía.

—¿A lord Fancourt? Pues... su habitación está en ese edificio, pero ahora mismo no está—tartamudeó Jack.

—¡Ah! ¿Le ve usted con frecuencia? ¿Quiere darle esto, por favor? —rogó entregándole un sobre—: Dígale que la señora Beverly Smythe ha llegado. Voy al hotel y volveré dentro de una hora.

Andando garbosamente, contemplada por Jack y por Babba, cuya avidéz y entusiasmo aumentaron en razón de sus trajes femeninos, que le entorpecían el trato normal con el sexo opuesto, se perdió a lo lejos. Jack entregó el sobre a Babba y éste lo rasgó, leyó su contenido, y comentó:

—Mi tío me telegrafió que vendría y desde aquí me pareció preciosa—y protestó al ser contenido por Jack—. Tengo que recibir a la señora Beverly Smythe y con esta facha no puedo hacerlo... Te advierto, Jack, que esa señora es uno de nuestros clientes más importantes y tengo que... ¡Ah! ¡Mira quién viene ahora!

Spettigue movía la mano al otro lado del jardín y sus deseos de huir

tuvieron que ser dominados por Jack, que le suplicó:

—Si desaparece, despertarás sospechas.

—Tengo que recibir a esa mujer.

—Tardará en volver una hora. Puedes deshacerte de ese Romeo en una hora. Dale calabazas como a mi padre. ¡No seas malo, Babba, o nos abandones!

—Bueno, como quieras —otorgó—. ¿Estaré bastante atractiva?

—Siento decírtelo, tita, pero necesitas afeitarte.

—Me afeité esta mañana.

—Te apuraste poco para ser una señora. Si el viejo te pellizca una mejilla y se pincha, tendremos jaleo. Anda, sé buena chica y quítate esas barbas. En mi cuarto tienes una navaja.

—¿Por qué no puedo ser la mujer barbuda?

Suspirando entró en el edificio. Pero Babba carecía de la experiencia suficiente en su trato con los hombres para saber lo que puede una pasión. El señor Spettigue era ya entrado en años, lo que le hacía muy expeditivo y avaro de tiempo. Así, pues, subió al cuarto de Jack y casi pilló a Babba afeitándose. Afortunadamente, había acabado de hacerlo con una mejilla, que fué la que ofreció al vejete, mientras se guardaba la navaja en una manga y se tapaba la otra, o sea, la enjabonada, con el abanico.

Despreciando las fervientes declaraciones de amor, como hubiera



hecho cualquier mujer en caso de ser sorprendida en su más secreta *toilette*, se desprendió de él y huyó escaleras abajo, tropezando otra vez con Redcliff, que se descubrió cortésmente y se preguntó qué motivo tendría aquella anciana para pasar-se el día corriendo de un lado a otro.

Jack estaba huscando a Kitty y al anunciarle Babbs que era perseguido por Spettigue, se acordó de lo que había entretenido hasta entonces a la "tía" y le tocó la mejilla.

—¿Te has afeitado de maravilla!

—Pero no lo bastante, ¡Mira!— exclamó enseñándole el jabón—, Spettigue me cogió con las manos en la masa. Vigila por si viene mientras acabo de afeitarme.

Jack se apostó en la esquina. Babbs se apoderó de una brillante copa del drapscho de Redcliff, la colgó de la rama de un árbol y se afeitó como un rayo, asombrándose de no perder la vida a cada segundo que pasaba. Terminaba cuando Jack le anunció que Spettigue penetraba en terreno peligroso.

—Bueno, déjame con él. Le voy a dar una patada que va a salir de aquí de estampía.

—¡Pero si es que quiere llevar-se a Amy y a Kitty!—se horrorizó Jack.

—Mejor, así salimos de todo lote.

—Pero Kitty no se puede ir. Todavía no me he declarado. Babbs, tienes que procurar entretener al

viejo otro ratito. ¡Ponle los ojos tiernos, hasta que yo haya podido hablar con Kitty!

—¿Cómo voy a hacer eso? ¿Por quién me has tomado? ¿Por un idiota?—pero se enterneció ante su alicamiento—: Bueno, está bien, pero date prisa o me volverá a crecer la barba otra vez.

Lanzó un gritito de aviso en dirección de Spettigue y luego, con una agilidad que desconcertó a los estudiantes que pasaban, saltó un seto y echó a correr, sujetándose las faldas. En cuanto creyóse a salvo, sentóse en un banco, situado al borde de un estanque. Marley, así lo quiso el destino, avanzó hacia él bordeando el agua. Y Babbs pudo consumar su venganza.

Cuando el muchacho pasó por su lado, tiró el abanico al lado del estanque. Marley se agachó para recogerlo y... de pronto se encontró en el légamo, mojado como una sopa, sucio y asustado. La vieja había desaparecido y en su lugar estaba Spettigue.

—Perdón, caballero. ¿Ha visto por aquí a una señora de aspecto distinguido?

—Sí, la he visto, sí — replicó Marley, con algunas dudas sobre su distinción.

Entretanto, Jack no perdía el tiempo. Convenientemente sentado al lado de Kitty, intentaba declarar su amor, en unos términos tan vagos, tímidos e imprecisos que la decidida muchacha estimó necesari-

rio auxiliarle, pero el estudiante tuvo a última hora un escrúpulo de conciencia.

—¿Para qué voy a decir nada? Seré pobre durante varios años, tendríamos que vivir en los suburbios y... sin permitirnos lujos.

—No es razón para que no nos casemos.

—¡Kitty!! — exclamó, loco de amor y de incredulidad.

—Se ve que me conoce usted muy poco, Jack. ¿Cree que si me he enamorado de un hombre pobre voy a rechazarle por eso?

—Algún día seremos ricos. ¡Trabajaré con ahínco!—prometió sin darse cuenta de lo que había dicho ella.

Ella forzó la nota, obligándole a abrir los ojos.

—Te quiero demasiado para que esa pequeña nos pueda separar.

—¿Me quieres, Kitty? Entonces, entonces...

—¿Quieres que sea tu esposa, Jack? ¡Sí!

Como empujado por un resorte, sin ver que ella aguardaba una adición a la "declaración", gritó a los cuatro vientos su "valor", en tanto que ella así lo decía. El deseo insatisfecho de Kitty, se vió mitigado en parte al arrojarle dos veces consecutivas Jack sobre ella, escondiéndola de Spettigue, que todavía buscaba a la esquivada Lucía.

—Eres muy atrevido, ¿verdad, Jack?—preguntó risueña.

—¡No, no! Perdóname lo que hice, Kitty—se azoró.

—No, no es que me moleste. Expresaba simplemente mi opinión.

Carlos, como si estuviera sentado en una zarza, expresaba su apasionamiento a trancos y tropezones. Amy le escuchaba sin mirarle, pero con el dulce "sí" en los labios.

—Es usted tan bonita...

—Bueno, señor Wykeham, no creo que deba ponerse triste por eso.

—No me pongo triste, es solamente que... que estoy nervioso—tomó empuje y dijo de un tirón—: Señorita Amy, deje de mirarme. ¿Quiere casarse conmigo? La adoro. ¡Hable!

—¿Y qué digo?

—¿No va usted a decir que tiene que pensarlo?

—¿Para qué si estoy decidida, Carlos?—dijo, sumiéndole también en un mar de dulzura.

Pero, después de esta proeza, vino la reflexión y con ella la idea de que no se podían casar faltando el consentimiento del señor Spettigue y por escrito. Nadie se atrevía a luchar con aquel dragón. Pero la omnipotente imagen de doña Lucía les tranquilizó un tanto. Ella dominaba a Spettigue: ella lo haría. Por lo menos, así lo pensaban las muchachas.

Carlos se presentó a la pareja Kitty-Jack como un conquistador. Kitty se marchó para anunciar a Amy la fausta noticia, mientras su

novio se paseaba con las manos en los bolsillos. Carlos, ferviente y optimista, le dió un manotazo en la espalda.

—Ya está hecho, Jack. ¡Ya está hecho!

—¿Qué has hecho?

—¡Decir a Amy todo!

Los cabellos de Jack se pusieron de punta, suponiendo que su amigo había cometido el disparate de revelar la verdadera personalidad de su "tía", pero, así que hubo declarado que había confesado su amor, recibió una mirada de desprecio.

—¡Qué tontería!

—¿Qué tontería? ¡Pues a mí me ha parecido una proeza! Pero quiere... que obtenga el consentimiento de su tío por escrito.

—Kitty también. ¡No sé si ese viejo sabrá escribir! Bueno, no nos queda otro remedio, amigo.

Casualmente, Babbs estaba delante de sus compañeros, tocando la retaguardia. Le sisearon y el joven llegó junto a ellos jadeante, preguntando con sumo interés si ya se habían declarado, con lo que concluirían todas sus penas.

—Sí. ¡Y las respuestas fueron favorables!—afirmó Jack.

—¡Me alegro! Ahora diré a Spet-tique todo lo que pienso.

—No puedes abandonar al viejo—exclamó Carlos.

—¿Qué?

—¡No!—insistió Jack—. ¡Tienes que aceptar su amor! No te escapes, Babbs.

Le sujetaron entre ambos y le hicieron sentar a la fuerza en el banco, en donde fué custodiado por ellos, que asimismo no atendían a razones.

—Es mucho pedir. No podría ser feliz con un hombre como ese. ¡No, no le acepto!

—¡Si es temporalmente!—dijo Carlos, como si fuera la cosa más lógica.

Poco a poco, le informaron de los deseos de sus novias y de las precauciones necesarias para embotar la astucia del vejete. Pero, de repente, Babbs, cuya paciencia había dejado de existir, se arrancó de sus manos y echó a correr. Una zancadilla de Carlos le arrojó sobre el césped y sobre él lucharon hasta que Kitty y Amy les encontraron retorcidos como unos sacacorchos.

—¿Qué le ocurre a la pobrecita tía?

Avergonzados, le ayudaron a ponerse en pie, le arreglaron los vestidos, farfullando excusas ininteligibles sobre un tremendo lumbago. Las dos muchachas condujeron a Babbs al banco y le sentaron en medio de ellas.

—Este tiempo no me va bien—gruñó—. Sí, me parece que ya no tengo rifones.

Kitty y Amy mencionaron con imidez la famosa carta.

—Sí, algo me han dicho de una carta de consentimiento. Hijas mías, temo que no puede ser.



—¡Ah, doña Lucía! ¿No estuvo usted nunca enamorada? —suspiró Amy.

—¡Ah, muchísimas veces! Quiero decir... ¿qué mujer no ha estado enamorada?

—¿Usted sabe lo que eso significa para nosotras, verdad?

—Sí, niñas, pero no creo que...

—Tú nos conseguirás la carta, ¿verdad, tía? —rugió Carlos—. El pastor debe cuidar de sus ovejas...

Babbs se encogió al escuchar la alusión. ¿Qué remedio le quedaba? Dió su consentimiento y las muchachas le abrazaron y le besaron y él les devolvió las caricias con el mayor descaro. Jack y Carlos, al irse las jóvenes en busca de Spettigue, le prometieron refinados tormentos si reincidía en su comportamiento crapuloso.

—La señora Beverly Smythe está en su habitación, milord—comunicó Bassett, cortando la discusión.

—¿Lo veis! ¿En buen lío me habéis metido!

—¿A dónde vas?—profrizó Jack.

—A cambiarme de ropa y recuperar mi personalidad de hombre.

—No; primero tienes que hablar con el señor Spettigue—se opuso Carlos.

Y como en aquel momento pasara cerca de ellos el vejete, ocultaron a Babbs tendiéndole sobre el banco y sentándose sobre él, indicando a Spettigue una dirección falsa.

—Tengo que ocuparme de la se-

ñora Beverly Smythe—dijo Babbs, una vez pasado el peligro.

—Ocupate de los dos —decidió Jack—. Recibe a esa mujer, dale una disculpa y baja tan pronto como puedas. Mientras tanto nosotros entretendremos a ese viejo idiota.

—Si no bajas pronto, empezaremos a tirar chinas a tu ventana.

—Y si no respondes a la llamada, las chinas se convertirán en tocas.

Babbs, una vez solo, se quitó sus vestidos femeninos y más consolado y más sereno subió a su habitación. La señora Beverly Smythe le aguardaba haciendo girar la sombrilla. Se presentaron mutuamente, en tanto que la dama no le quitaba los ojos de encima y él hacía otro tanto. Se sonrieron y Babbs se encontró a sus anchas, tomando asiento.

—Perdone que le mire así, pero es usted muy distinto de lo que esperaba. Creí que se presentaría ante mí un estudiante de dieciocho años y en cambio... veo... que se trata de un hombre de mundo. Estoy gratamente sorprendida.

También lo estaba él, al adivinar su admiración. La señora era miel sobre hojuelas y le hacía olvidar todos sus contratiempos. Craxó las manos y disparó los proyectiles reservados para los casos en que las señoras comienzan las galanterías.

—Es usted muy amable, señora... y yo también, si he de ser franco, la imaginaba de una manera muy distinta. No tiene usted aspecto de

cliente — carraspeó procurando corregirse: — ¿Viene usted en viaje de negocios, señora Smythe, o sólo de visita?

—No, sólo de visita. Mi marido se educó en este mismo colegio. ¡Mi difunto marido! —añadió al notar la decepción en su cara.

—¡Ah! ¡Su difunto marido! ¡Eso es magnífico! —pero se rehizo hipócritamente: — Bueno, quiero decir que me alegro de la coincidencia. Se está muy bien aquí.

—Sí, me hablaron tanto de este sitio, que decidí venir a conocerlo como lo conocía mi esposo.

—Pues no ha podido buscar usted un guía mejor. Llevo estudiando aquí más de diez años. Siento muchísimo, señora Smythe, no haber estado aquí a su llegada. Había salido con dos amigos Chesney y Wykeham.

La verdadera doña Lucía se acordó del propósito que la había guiado al colegio, dado al olvido por aquel joven cortés y simpático, con el que se encontraba tan a gusto como si hubiera transcurrido mucho tiempo desde que lo conoció. Se enderezó aguzando los oídos; Babbs charlaba por los codos, con la delicia de no tener que disimular su voz.

—Soy más viejo que ellos y me consideran como un hermano mayor. Querían presentarme a sus prometidas.

Babbs parecía empeñado en fa-

cilitar las cosas a la viuda, que preguntó:

—¿Y como hermano mayor dió su aprobación?

Babbs se levantó del sillón y dió varios pasos hacia ella, clavando sus miradas con un descaro enorme en su faz.

—Sí, desde luego; son dos muchachas encantadoras. Claro que... no conseguirán ser jamás... tan bonitas y tan atractivas como usted —se asustó de sí mismo—. Perdóname, no debí decir eso.

—No, no debió usted decir eso, pero le perdono —sonrió seductora, lo cual fué echar leña al fuego.

—¿No le han hablado nunca de sus ojos? —retuvo lo que iba a decir y se separó: — No sé lo que me pasa. ¿Me acepta una copa de jerez?

—Sí, claro que la acepto y... ¿qué iba a decirme a propósito de mis ojos?

—Que me han impresionado mucho. ¡Son preciosos! —alabó encantado del rumbo de la conversación.

El señor Spettigoo llegó a la mesa de té y protestó de la ausencia de doña Lucía, decidido a ir a buscarla a la habitación de Jack. Este le contuvo, mientras Carlos arrojaba un puñado de terrones de ardear contra la ventana de Babbs.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sido eso? —exclamó doña Lucía.

—Una tormenta sin importancia. No es nada, pasará dentro de un momento —mintió, pues hacía una

tarde radiante—. Veamos, ¿le gustaría ir conmigo esta tarde a un restaurante precioso con unas vistas maravillosas sobre el río?

Algo duro, enorme y pesado tropezó en el alféizar y rodó hasta los pies de doña Lucía, quien lo cogió con curiosidad. Era una piedra, casi una "roca" Jack cumplió su palabra.

—¡Aumenta el granizo!—se alarmó Babbs—. ¡Qué horror! Eso es muy peligroso. Ahora que me acuerdo tengo unos vestidos colgados en el jardín: voy a recogerlos para que no se me estropeen. ¡Voy por el granizo, digo, por los vestidos! Bueno, no sé lo que me digo. En seguida vuelvo.

En la tersa frente de la viuda apareció una arruga de perplejidad, mientras él chocaba contra el marco de la puerta. Babbs tropezó en la salida con Spettigue, quien no le reconoció y saltó el pequeño muro detrás del cual se había quitado antes las ropas de mujer, apresurándose a ponérselas de nuevo. Carlos y Jack abandonaron a sus novias para ayudarlo con una excusa cualquiera.

Como se arrodillaron, Spettigue no los percibió al regresar de su estéril exploración. En cambio, al vió a Babbs, que ya se había puesto la peluca, y hacia ella fué con ímpetu.

—¡Iba a tomar el té y por el camino vi estas flores y me detuve a aspirar su aroma.

—¿Y ahora quiere venir conmigo a tomar el té?—dijo Spettigue con un guiño de placer, porque aquellas flores eran sus preferidas.

—Todavía no, Stephen. Verá... por una parte estoy dispuesta a ir, pero por otra me debo quedar. Quiero decir que la cabeza me dice que vaya y el corazón que me quede y mis pies están indecisos.

Spettigue se rió encantado de su coquetería, risa que se esfumó al notar que su adorada daba unos saltos terribles, debidos a que Jack y Carlos levantaban a su amigo para ponerle las faldas y atarle los zapatos.

—¡Ay, señor Spettigue, es que brinco de alegría cada vez que le veo! ¡Brinco y rebrinco y rebrinco y rebrinco!

—¡Ah! No tenía idea de lo mucho que significa para usted—dijo él apoderándose de una de sus manos.

Al verle en tan buen estado de ánimo, sacó más aún su cabeza a las patillas del viejo y empezó insinuando:

—Y ahora que hemos llegado a un acuerdo, desco pedirle a usted un favor. Quiero que me dé una carta dando su consentimiento para que se casen su sobrina y Kitty con Carlos y el señor Chesney. Piense que están muy enamorados, Stephen... ¡Por favor, hágalo usted por mí!

—Pero, ¿por qué hablar de estos amores cuando tenemos el nuestro?



—No, no, no puedo pensar en mi hasta que vea a los muchachos felices.

—Perfectamente. Hablaremos de ello... esta noche.

—¡Buena! ¿Y ahora te parece que vayamos con los jóvenes al tomar el té?

Jack estaba tan encantado de la destreza de Babba, que no opuso el menor reparo a la súplica de éste de que atendiese a la señora Beverley Smythe, la cual esperaba extrañada. Jack fué, pues, al encuentro de dicha señora, balbuceó una excusa y no pudo pasar más adelante, ya que se presentó su padre, quien, a la vista de la hermosa viuda, suplicóle que les presentase.

—Espero no ser indiscreto—dijo después, retorciéndose el bigote.

—De ningún modo. Esperaba tomar aquí el té con lord Babberley, pero parece que tiene que hacer.

—¡Qué contratiempo! Los demás están tomando el té en el jardín;

¿por qué no nos reunimos con ellos?

—¡No, no, no! Seguramente la señora Beverley Smythe no se divertiría—se apresuró a decir Jack, muy asustado—. Se trata de dos niñas tontas y la anciana tía de Carlos Wykeham, del Brasil.

La viuda se sobresaltó. Se levantó, dispuesta por encima de todas las cosas a averiguar quién era la persona que usurpaba su nombre.

—¿Una... una tía anciana que ha venido del Brasil? ¿Qué aspecto tiene? ¿Qué tal es la señora?

—¡Ah! ¡Horrible y gruñona!—contestó el muchacho.

—¡Ah! ¿Sí? ¡Ja, ja, ja! Pues quiero conocerla. He pasado algunas temporadas en el Brasil. Tendremos muchas cosas de común.

Expuso Jack otros inconvenientes, pero doña Lucía salióse con la suya, no en vano era mujer y estaba curiosa.

...

Cuando Babbs vió a doña Lucía casi se desmayó, no escuchó, sus buenas razones tenía, la presentación, ni la fingida amabilidad de la viuda, que le observaba con una insistencia que le hizo suponer que se había dado cuenta del fraude. Y pensar que poco antes Spettigue les había convidado a cenar a todos en su casa...

Jack abrió los brazos en muestra de impotencia. Carlos buscó algún lugar en donde parapetarse y Babbs llenó generosamente de té el sombrero de copa de Spettigue, pues decía la dama:

—¿De Alvadórez?—simuló pensar—. ¡Es verdad! Yo tenía mucha amistad con... su difunto esposo.

—¡Ah! Tenía amistad... con mi difunto esposo... ¡Mira qué bien! Ja, ja...

Su rostro estaba pálido como una mascarilla de escayola. Su extemporánea hilaridad sólo tuvo eco en Carlos, quien, por el parentesco, se sentía tan culpable como el que más de la zozobra del pobre Babbs.

Doña Lucía ya había reconocido a lord Francourt Babberley debajo

de los espantosos rizos y de la siniestra capotita, y con dificultad escondía su buen humor.

—Bueno... entonces se entenderán ustedes... perfectamente — dijo Carlos, rompiendo el silencio.

—Sí—replicó Babbs.

—Sí, su esposo y yo...—empezó a decir doña Lucía.

Interrumpióla Babbs, cuyo martirio había alcanzado la onésima potencia. Sus nervios estaban tirantes. Un extraño ridículo flotaba en el ambiente. Había que hacer algo, y de prisa, antes de que la señora Beverley le metiera en un brete.

—Por favor, señora, le suplico que no me cuente nada. Esa es una de las cosas de las que no me gusta hablar; le aseguro que no puedo—el sombrero de Spettigue rebosaba té— ¡Ay!... ¿Cuántos terrones pongo? Digo... digo... no sé lo que digo.

Y súbitamente se tiró de espaldas, fingiendo un desmayo.

Había encontrado la escapatoria. ¡Se había salvado! Puesto que era mujer, podía perder el sentido cuando se le antojara.

## CAPITULO V

## LA CENA

En la magnífica casa de Spettigue, según él, y de Amy, según la realidad, se reunieron los protagonistas de la tragicomedia en que Babbs representaba tan señalado papel. La cena comenzó bajo los mejores auspicios. Babbs se sentó en la cabecera de la mesa, desde donde dirigía la conversación haciendo derroches de ingenio femenino, aunque estremeciéndose en cada ocasión en que doña Lucía, colocada en el extremo opuesto, acertaba la distancia con una mirada irónica.

Por fin, la viuda hizo desencadenar el diluvio sobre Babbs.

—¡Cuánto le agradezco que me haya invitado a esta velada, señor Spettigue! —agradeció con maliciosa intención.

—Su presencia en mi casa es un inmenso placer para mí, se lo aseguro, señora—replicó el aludido.

De esta manera habían alcanzado el punto análogo por doña Lucía. Se inclinó hacia Babbs y rióse suavemente:

—Si no me invita, no sé qué hu-

biera hecho. Probablemente seguir esperando a lord Babberley.

Spettigue soltó una estrépitosa carcajada. Babbs se puso en tensión y Jack y Carlos temblaron para sus adentros. Chesney fué el único que dió una contestación aceptable a la sugerencia de la dama.

—Por su comportamiento debe ser un joven muy mal educado.

—No seamos demasiado severos con el muchacho. Habrá tenido algún motivo para hacer eso—rogó Babbs, siendo acogido por las risas de sus dos amigos.

—Sigo pensando que no tiene disculpa haber hecho una cosa semejante—se obstinó Chesney, y le sacó de sus casillas.

Babbs movió su lengua con agilidad y eluismo, atrincherándose en sus "canas" para hacer una defensa.

—¿Lo cree usted así? Pues, cuando mi sobrino me lo presentó esta tarde, me pareció un muchacho muy simpático, culto e inteligente, ingenioso, afable y además



muy comprensivo. Puedo asegurar que es la persona que me ha causado mejor impresión de toda mi vida. ¡Y no quiero oír una palabra más en contra suya!

Las oscuras pupilas de doña Lucía relucieron al escuchar su exagerada alabanza. Babba había ido domado lejos, en opinión de Jack y de Carlos, quien suplicó maliciosamente:

—¡Cálmate, tía!

—Oye, Carlos—terció Jack para cambiar de conversación—: ¿crees que ganaremos el partido de cricket la semana que viene?

—No podemos perder teniendo a Spickens de nuestra parte. ¡Es un jugador magnífico!...

Y la conversación siguió este derrotero con apacibilidad. Babba tomaba parte en ella como podía, preocupado por la escasa capacidad de su estómago y su descomunal apetito. Esta anomalía era debida a que el corsé le apretaba desafortunadamente órgano tan esencial. Después de una breve cavilación, se lo aflojó y satisfizo el hambre, haciendo honores casi apoteósicos a las obras de arte que el cocinero enviaba para ser consumidas.

Dió fin la cena y Spettigue hizo una muda inclinación a su sobrina. Kitty se puso en pie, anunciando:

—Creo que es el momento de que las señoras nos retiremos al salón y dejemos a los caballeros en libertad.

Estos se apresuraron a retirar

sus sillas. Spettigue lo hizo con Babbs, que se había abrochado el corsé y el vestido en un abrir y cerrar de ojos, mas al levantarse, el estómago se lamentó y desabrochó su cárcel.

—Un momento—rogó sentándose y dando trabajo a los dedos—. El señor Chesny me ha pedido unos informes sobre el Brasil.

—¿Fui yo?—exclamó Jack, extrañado del infundio.

—Sí y celebro que los haya pedido.

Se sentaron todos comentando y riendo la interrupción, mientras Babbs ponía en juego, a dosis iguales, la listeria de sus manos y de su ingenio.

—Verán ustedes: el Brasil es... indudablemente el país más brasileño de toda Sudamérica. Tiene sus... ríos y lagos, valles y ciudades, pueblos y montañas... días y noches y amaneceres de ensueño, desde luego. ¿Está satisfecha su pregunta?

—Sí, sí—afirmó Jack, horrorizado de su estupidez.

—Carlos, ¿quieres darme el brazo?

—Naturalmente, tía.

Se lo dió y todos retiraron sus sillas. Pero Carlos, que listamente había supuesto que el alarde de erudición de su amigo no era un capricho de soberbia intelectual, miró su espalda, advirtiendo a tiempo que el corsé, los ojales y los botones estallaban como una bomba.

—¡Ah!... Tísta, háblanos un poco de tus plantaciones de "té" en el Brasil.

Le acercó la silla y Babbs exhaló un gruñido. Inesperadamente, doña Lucía se puso de su lado, naturalmente que por pura diablura.

—Sí, sí, me gustaría oírlo. Cuéntenos usted cómo son.

Esta vez, Babbs fué más ingenioso si cabe, lo que debe ser atribuido a la división de trabajo, en que Carlos llevaba la parte más pesada, abrochando y componiendo el desarreglo entre los barrotes del respaldo.

—Bueno... ¡Hum!... Ya saben ustedes lo que es el café y... lo que es una plantación, ¿no? Pues... nosotros teníamos una plantación.

—Doña Lucía, ¿prefiere usted el café de Mocaca al de Pinel?—puntualizó la otra doña Lucía, o sea, la verdadera.

Babbs se sumergió en una profunda meditación, de la que extrajo una nueva muestra de ingenio.

—¿El... café de Mocaca? Pues sí, sí, con un poquito de azúcar y cuando lo sirven calentito, está delicioso.

Esto bastó para que Carlos concluyera su faena.

—Ya puedes levantarte, tísta.

—Gracias, Carlos.

El sobrino le abandonó para ir a ofrecer su brazo a Amy. Levantóse por tercera vez la reunión. Algo tiró y pesó en el vestido de Babbs. ¡Carlos le había abrochado

la ailla a los botones! Desesperado, dejóse caer por tercera vez también y los demás ocuparon sus lugares.

—Y además, ahora recuerdo, hay otra clase de café. Ese café se cultiva en una franela húmeda.

—Es que las cosas van ahora demasiado de prisa, cada vez se adelanta más —dijo con sorna doña Lucía.

—Parece imposible. Yo tengo una modista que me ha hecho este vestido en seis semanas; con una de esas máquinas nuevas que cosen solas—dijo Amy.

—¿De veras? Ja, ja...

Finalmente, idos del comedor y divididos en dos grupos, por sexos, Babbs advirtió que iba de mal en peor. Las mujeres hablaban de cosas que le aburrían, mientras cercano a la puerta y con el ceño fruncido, espía las cartajadas de los caballeros con profunda envidia.

—Deben estar contando cuentos —exclamó doña Lucía, que, como viuda, tenía un mayor conocimiento de la naturaleza varonil.

Babbs vió que Carlos salía del comedor y desde su retiro le llamó con interés. Pidió permiso el muchacho para entrar, comprendiendo el humor de su amigo y le preguntó qué quería.

—¿Qué chistes estás contando? —el estudiante se lo murmuró—: ¡Ah, ja, ja!

Las mujeres le miraron, alarma-

das de sus tremendas y recias carcajadas. Amy envejecía a cada momento que pasaba lejos de su amor y le llamó tímidamente:

—¿Viene a reunirse con nosotros, Carlos?

—No, venía solamente a ver... si mi tía estaba bien. Hasta luego, señoras.

La creciente hilaridad de los caballeros encontró eco en ellas. Babbs estaba doblado sobre el brazo del sillón tendiendo el oído como un desesperado y con las piernas cruzadas, viva imagen de lo que era en cada uno de sus gestos.

Como doña Lucía le vió en aquella postura, renació en ella el deseo de atormentarle:

—Bueno—dijo—, si ellos cuentan chistes, ¿por qué no hacemos lo mismo? Yo sé uno. Claro que es un poquito atrevido.

Amy consultó con la mirada a Kitty y ambas palmotearon aquella prueba de confianza, que las colocaba al pie de un umbral inabordable hasta entonces.

—¡Ah! ¿Atrevido? Bueno, no importa, cuéntelo.

En cuanto a Babbs, no hay que decir que acogió encantado la idea.

—Sí, sí, cuéntelo—suplicó.

No sólo mataría el aburrimiento, sino que también podría conocer la clase de conversaciones que las mujeres sostenían en sus misteriosos retiros. Arrastró el sillón, aproximándose a ellas y esperó expectante.

Doña Lucía se volvió hacia él, con un gracioso movimiento de cabeza.

—Es el que don Pedro contaba siempre. Puede que... doña Lucía prefiera contarle como él.

A Babbs el nombre no le sonaba ni por pienso. Frunció el entrecejo intentando, vanamente, recordar aquel nombre.

—¿Tom Pedro?

—Don Pedro de Alvadórez—recalcó la viuda—. Su difunto esposo.

Babbs compuso el gesto, que la sorpresa había estropeado, y profirió una risita, tan falsa como su situación. ¿Qué clase de cuentos explicaría el difunto, su desconocido esposo?

—¡Ah! Don... don Pedro, ¡claro! Sabía su nombre, pero no me acuerdo de sus cuentos.

—Por favor, cuéntelo.

—Supongo que a doña Lucía no le molestará—apuntó Amy.

Doña Lucía Babbs se encontraba en aquel instante en una rara disposición de espíritu, que le hacía despreciar la herencia narrativa del brasileño, por lo cual las tranquilizó en seguida:

—No, no, al contrario.

Se acodó en sus rodillas, todo oídos. Doña Lucía dióse aire unos segundos y logrado un silencio religioso, empezó:

—Verán. Parece ser que don Pedro iba un día paseando por sus plantaciones y vió de pronto a uno de sus obreros que estaba borra-



cho... El hombre tenía una chica en sus brazos y estaba besándola.

—¡Ah! — exclamaron Kitty y Amy a unisono.

Babbs se dijo que la cosa iba por buen camino. Calmado el rubor de la damiselas, doña Lucía prosiguió:

—Naturalmente, don Pedro se puso furioso y dijo: "¿Cómo te atreves?"; y el hombre contestó: "¿Pues qué pasa? Todos los trabajadores lo hacen". Y don Pedro dijo: "¿Cómo puedes calumniarlos así? ¿Qué terrenos cultivas?" Y el hombre contestó: "Los más escondidos".

Las agudas y mojigatas risas de Amy y de Kitty hicieron la competencia a las risotadas que estremecían las paredes del comedor.

—¡Qué cuento más pícaro! — alabó Kitty.

—¡Qué gracia tiene! — afirmó Amy, no menos risueña.

Babbs, colmada su expectación, y desilusionada de paso, se dejó

caer contra el respaldo del sillón, murmurando:

—La idiotez más grande que he oído...

Doña Lucía reparó en su desilusión y volvió a la carga, con las armas más agudas que nunca. Ciertamente, la única que se divertía era ella.

—¿No se acordaba del chiste, doña Lucía? Lo contaba don Pedro con mucha frecuencia.

El estúpido humorismo del desconocido personaje había sacado de su equilibrio a Babbs y devolvió gracia por gracia, haciéndolas reír:

—¿Cómo no? La primera vez que lo oí me reí muchísima. A propósito, esto me recuerda un cuentecito... — se corrigió, con un ademán de desamparo — ¡Ah! ¿Quieren las niñas que juguemos a algo?

La hilaridad de los caballeros las distrajo y puso al rojo vivo la paciencia de Babbs, que rezó para que le sacasen de allí.

## CAPITULO VI

## LAS DOS TIAS

Gracias a Spettigue, al que un sentimiento igual hacía adivinar sus pensamientos, la desolación del joven llegó a su fin. Bebió el resto de Oporto y retiró la silla a sus espaldas.

—Ahora, caballeros, si ustedes lo permiten, voy a enseñar el jardín a doña Lucía. No tiene idea de lo hermoso que está a la luz de la luna.

Medio minuto más tarde, Babbs se refugiaba en un salón solitario huyendo del apasionado Spettigue, que se jugaba el todo por el todo, presa de una emoción que los millones de la vieja alimentaban. Babbs puso un diván de por medio, aunque con poco éxito, pues hasta allí le persiguió el tenaz hombrecillo.

—¡Ah, doña Lucía! Por fin estamos solitos.

—¡No me toque! Estoy muy enfadada con usted.

Y él le respondió, con los ojos desorbitados, según la moda de medio siglo atrás:

—¡Lucía! ¡Que me mata! ¡No diga eso!

—¡Pues ya está dicho! Después de hacerme una promesa, comportarse de ese modo...

Y con la dignidad de una reina, dió la vuelta y se dejó caer en el diván, mientras Spettigue, dando un ridículo saltito, se aposentaba a su lado y se posaba la mano sobre el corazón.

—¿Una promesa?

—Sí, el consentimiento que me prometió usted por escrito.

—¡No fué una promesa!

Y la energía que destinaba a disipar el malentendido fué gastada en un asombroso acontecimiento. A su pie, cosa imperdonable en un momento tan trascendental, había una liga de caballero. Spettigue no podía suponer otra cosa que él era su propietario y la cerró sobre su pierna apresuradamente.

—Pero, ¡Stephen! ¡Un caballero mantiene su palabra!

—¡Ah, doña Lucía!—exclamó.

Pero Babbs estaba preocupado por un fenómeno insólito. Al po-

ner una pierna sobre otra, con violencia impropia de su supuesto sexo y que tendía a indicar la ira engendrada por su deslealtad, la del vejete siguió la misma trayectoria. Y aunque el aviapado estudiante rápidamente la puso en el suelo, Spettigue sintióse animado por el contacto.

—No te consiento que hagas eso hasta que me des la carta.

—Pero, nenita...

Y preocupado cruzó, a su vez, la pierna. La de Babbs le siguió como si estuviera imantada.

—Stephen, hasta que me des esa carta, todo acabó entre nosotros.

—No, no, nunca podremos apartarnos. Hay un misterio que nos une para siempre y que no sé qué es.

—Bueno, puede que tengas razón. De todas maneras quiero esa carta.

Vencido por su testarudez, Spettigue se levantó y Babbs le imitó al punto, quedándose uno delante del otro.

—Perfectamente, voy a mi despacho a escribirla, pero luego tienes que prometerme ser mi esposa.

Babbs le hubiera prometido algo más que eso. Por fin, se sentía libre. ¡Adiós ovejas. Nueva Zelanda, antípodas y regiones remotas!

—Diré todo lo que quieras cuando tenga la carta.

—¡Volaré!... ¡Ah!

Esta exclamación procedía de un tirón tremendo que sintió en la

pierna. El único que había volado era Babbs. La liga se había soltado y le pertenecía a él. Tenía que recogerla rápidamente y arreglarse las faldas, antes de que se fijara en sus pantalones de hombre. Por lo cual, al instante, ordenó, con pavor muy natural:

—¡Si miras no eres caballero!

¿Qué hace un hombre cuando le dicen eso? Lo que hizo Spettigue, que soportó gozoso la dulce prueba. Babbs arregló el desperfecto en un santiamén y le dio la orden de volverse, alargándole la mano.

—Ayúdame a levantarme.

—Te pido mil perdones, mi querida Lucía. Dime, ¿te has hecho daño en la espalda?

—No me he hecho daño alguno. Ando, escribe la carta—dijo empujándole.

—No tardo ni un minuto, nenita.

Corrió hacia la puerta, dando saltitos y haciendo muecas y ademanes repugnantes. Babbs azotó el aire con la mano despreciativamente, acompañando el ademán con una exclamación de rabia.

Al quedarse solo, notó que buena parte de su tensión nerviosa procedía de sus grandes deseos de fumar. Cualquiera fumador conoce esto. Atalayó en todas direcciones y se apoderó de un estupendo habano que había en la cigarrera; oliólo con fruición y no tardó en exhalar vaharadas de humo, con



cieria inquietud, como el ratero que corta una bolsa.

El pasillo estaba desierto. Anduvo con seguridad creciente por la sala, extrayendo furibundas bocanadas de humo. En uno de los valones, dió la espalda a la terraza, cuyos balcones estaban abiertos de par en par, de manera que no percibió la aparición de doña Lucía, quien le permitió fumar un poco más antes de dirigirle la palabra.

—¿Está usted sola?—dijo al fin.

Babbs se atragantó con el humo. Dióse aire con el abanico, dispersando el que tenía en los pulmones con premura y se guardó aturrullado el habano en la faltriquera. Poco más tarde, sin poderlo reparar, un penetrante olor a chamusquina se esparció por el ambiente.

—¿Permite que me sente?—demandó doña Lucía, haciéndolo—. ¡Por Dios!... ¡Qué humareda tan desagradable hay aquí!

A hurtadillas sacó el puro de la falda y lo escondió detrás de sí.

—Sí, yo lo he notado también, se debe estar quemando algo en la cocina. Voy a ver qué es.

—No, no se marche. Quiero hablar con usted de su difunto esposo don Pedro.

—No, prefiero no hablar de él; era un marido muy cruel.

—El don Pedro que yo conocí era muy bueno—repuso doña Lucía.

—Ese era su padre, Pedro el Grande, el que llevaba barba.

—¡Ah!... Perdóne mi curiosidad, pero, ¿no tuvo usted nunca hijos?

—¿Hijos? Unos poquitos, no merece la pena hablar de ellos.

—¡Hum!... Doña Lucía, me sorprende que no haya adquirido la costumbre de fumar. Las mujeres brasileñas fuman mucho.

El hicio que la sonrisa y las preguntas de la viuda habían puesto en sus venas, se licuó por encanto al lanzarle este cable salvador. Sacó, pues, el puro del escondite, lo meneó y dió una chupada famélica.

—Verá usted... en confianza, me estaba fumando un "Perfecto" cuando usted apareció. Creí que pudiera disgustarla y lo escondí. ¿Quiere usted un purito? Son muy suaves. ¡Pruébelo!

Destapó la cigarrera y le alargó uno. Doña Lucía lo rechazó y él lo volvió a depositar en el encierro, lamentando su negativa. Aquel fué el momento psicológico escogido por la viuda para sorprenderle.

—¡Lord Babberley!

—¿Qué?—pero quiso disimular tardíamente—. ¡Ah! ¿Está aquí ese chico?

—Es inútil, lord Babberley—replicó riendo—. Sé quién es usted hace varias horas.

El espanto de Babbs fué tal que se retorció las manos, yendo hacia ella.

—Perdóneme... No me descubrió usted, ¿verdad?

—De usted depende...—sonrió.

—Pero... si esto no fué idea mía, puede creerse. Todo empezó por las ovejas, bueno, cuando Jack y Carlos invitaron a almorzar a las chicas. ¡Es tan largo de contar! ¿No podríamos ir a algún sitio en donde no nos interrumpan?

Accedió doña Lucía y se encaminaron a la terraza. La fuerza de la costumbre pudo en Babba y se lanzó el primero por la puerta, aunque se corrigió al momento, excusándose, mientras se quitaba la coña como si fuera un sombrero:

—Perdón. Las señoras primero...

Sentados en un banco, a la luz de la luna, refulgiendo la belleza de doña Lucía, la confesión, aunque precipitada, no fué tan difícil como había supuesto.

—Jack quiere a Kitty, Amy quiere a Carlos y yo estoy haciendo de Cupido con este disfraz. Esta es toda la historia—concluyó.

—Puede que no esté haciéndoles un favor tan grande como cree—opuso doña Lucía para sondearle.

—Si les doy la carta de consentimiento, ¿qué más pueden pedir?

—A lo mejor esa carta que tanto desean es un pretexto. Después de todo el señor Spettigue es un desaprensivo cazador de dotes; puede que las muchachas lo sean también.

—¡Eso es imposible!—se indignó. El señor Spettigue se oponía a que se casaran.

—¡Ah! ¿Se oponía?—repitió pensativa.

—¡Claro! En cuanto el amor haga su aparición, vuela el suelo que tiene; la única razón de que consienta ahora es pensar que va a obtener más dinero casándose conmigo.

—¡Por favor, no haga eso!—se burló—. Tengo otros planes para usted.

—¿De veras?—preguntó entusiasmado.

—Sí, cuando vaya usted a trabajar con su tío este otoño, insistiré para que se ocupe de mis negocios. Con todos los respetos para su tío, me parece que será mucho más divertido tener un abogado que piensa un poco más en los sueños de amor juveniles, que en negociar un capital debidamente.

—¿Promete solemnemente ser mi primer cliente?

—Lo prometo.

Después de esto y en vista de la promesa de sus ojos, Babba sólo podía hacer una cosa y la hizo al punto con bastante soltura, considerando que había pasado todo un día de congojas y apuros embutido en un traje de mujer... Preguntó acercándose:

—Dígame, ¿cree usted en el amor a primera vista? Cree, ¿verdad?

—Sí, creo—confesó en un murmullo la dama.

El silencio se fué extendiendo, como una mancha de aceite sobre un papel, en los minutos siguientes a la declaración. Spettigue se en-

cargó de turbarlos, llamando a Babbs en el interior de la casa. Este se hizo el sordo. Contemplaba con orgullo sus pantalones. Se había recogido la falda al tumbarse en el banco, a fin de que reposara su rostro sobre doña Lucía.

—¿Es cierto lo que me has dicho?

—Naturalmente—aseguró la viuda—. ¿Por qué iba a mentir?

Chesney salió al jardín en busca de doña Lucía, dando las últimas chupadas a su habano. Escuchó la voz de ambos y extrañado de no reconocer la masculina sacó con cautela la cabeza entre las hojas. Lo que contempló, le reveló todo. Y en lugar de irritarse, fué víctima de un estrepitoso ataque de risa, que le sacudía a medida que regresaba a la casa.

—He oído algo muy raro—anunció doña Lucía, asombrada de las carcajadas.

—Es mi corazón. Palpita demasiado cuando estoy contigo.

Chesney encontró en la salita a Spettigue y le estrechó las manos con efusión, con los ojos arrasados en las lágrimas producidas por la hilaridad. El hombrucillo se amoscó al principio, pero la risa del coloso era contagiosa y se puso a reír con toda su alma.

—Déjame ser el primero en felicitarte, señor—gimió Chesney.

—Entonces, ¿ya lo sabe?

—Sí; ya lo sé.

Chesney huyó de la sala, ebrio de risa. En cuanto a Spettigue, dominó su alegría y salió a la terraza, voceando el nombre supuesto de Babbs, que se incorporó de un salto, ordenándose los vestidos con la ayuda de su amada.

—Ya está el pichón llamando a la paloma.

—Debes coger la carta antes que cambie de parecer.

—Quédate aquí y en cuanto acabe con Spettigue volveré para desnudarme... Me refiero a este vestido.



\* \* \*

Babbs reprochó a su adorador su prolongada ausencia. Spettigue se excusó y enardecido por su rendición y el triunfo consiguiente, corrió a la puerta vocando el nombre de todos sus invitados y de las jóvenes. Luego regresó enseñándole el anhelado sobre.

—¿Es esa la carta?—dijo Babbs.

Spettigue evitó su mano retrocediendo, mientras su enamorado corazón se apresuraba a la idea de lo que iba a pedir:

—Sí, pero primero... primero sellamos nuestro pacto... con un beso.

El horror de Babbs no necesitó ser simulado. El grito partió del alma:

—¿Un beso? ¡No, no, Stephen! ¡No, no!

El doncellesco rubor de su prometida aumentó sus anhelos:

—¿Sí! ¡Sí!

—¡No! He estado bebiendo.

—No me importa. ¡Sólo uno!

Y aquel maldito sobre siempre lejos de su mano... Le persiguió por la sala, intentándole hacer entrar en razón:

—No, Stephen. Somos demasiado viejos para hacer esas tonterías.

—¿Viejos? ¡Nunca!

—No, Stephen.

—Cuando el amor consume, no hay edades—exclamó poético— ¡Sólo uno! ¡Sólo uno, chiquitito... chiquitito y monín!

Como el sobre estaba fuera de sus alcances y la fantasía le había dictado un expediente para salir del paso, Babbs acabó por ceder a sus deseos:

—Está bien. Cierra los ojos y mantenlos cerrados.

Spettigue apretó los párpados, Babbs, procurando no hacer ruido, metió los dedos índice y cordial en una pecera, formó con ellos una especie de boca y los aplicó en los labios del vejete, haciendo chirriar los suyos con un ruido semejante a un beso. Spettigue casi se desmayó de delicia.

—Ahora, dame la carta.

—Aquí la tienes—dijo entregándosela— ¡Dame otro beso!

El sustitutivo había sido del agrado del vejete. Ambos corretearon por el salón, esquivando Babbs sus brazos con la rapidez de una gacela e intentando arrinconarle Spettigue. La cosa iba de mal en peor para el muchacho, mas por fortuna Jack y Carlos entraron en

la estancia con sus novias, deteniéndose espantados de la furia amorosa del tutor.

—¿Nos llamabas, tío?—preguntó Amy,

Spettigue y Babbs refrenaron sus correrías. El viejo les hizo entrar y les colocó frente a él, dejando a Babbs a su espalda, que agitaba el sobre en la mano. Comprendieron que la dicha, finalmente, estaba en su poder y le sonrieron.

—Sí, pequeña. Tengo que daros una gran noticia. Pero... ¿Dónde está la señora Beverly Smythe?

La aludida entró en el salón cambiando una mirada de inteligencia con Babbs.

—¡Ay! Ya llega. Venga también. Quiero que todos los presentes compartan mi secreto y mi felicidad. Mi... ¡ah! Doña Lucía... sólo de pensarlo me hace el corazón pon, pon, pon...

—¡No, Stephen! ¡No olvides que nos están mirando!—suplicó contentiéndose una caricia.

—¡Ah! ¡Lo lamento, cariño!

—Debes lamentarlo.

El propio Babbs ignoraba cuán ciertas eran estas palabras. Al esquivar los brazos de Spettigue, su peluca se enganchó en el guantelete de una armadura y allí, sin ser vista de él y del viejo, quedó pendiendo.

Kitty y Amy se quedaron boquiabiertas. La viuda carraspeó, Jack y Carlos se señalaron sus cabezas, indicándole el accidente. El

momento era muy angustioso. Pero Babbs, que estaba tan contento como su pretendiente, entendió mal los ademanes, traduciéndolos por que deseaban que se burlara un poco más de él pasándole la mano por la cabeza, lo que hizo con gran suavidad y repetidas veces.

Spettigue proseguía con su discurso:

—Sí, es que el amor me ha convertido nuevamente en un muchacho audaz. Hijos míos... ¡Cupido ha encontrado otra víctima! Un hada nos ha tocado con su varita mágica, para traer a nuestra vida luz y alegría... ¡Ah, mi encanto! ¡Qué mano tan suave y deliciosa!

Se volvió para coger las manos de su prometida, que le rechazaba. Y en lugar de los hermosos rizos y de la delicada cofia, se encontró ante la cabeza de un hombre joven, sobresaliendo de los encajes y prendas femeninas.

—¡Vamos, Stephen! ¡Aun no estamos en la luna de miel!—dijo.

Spettigue vaciló sobre sus plantas. Todos fruncieron los labios en una mueca de horror, incapaces de moverse ni de pensar. Babbs, extrañado por el silencio subsiguiente, les observó estólido.

—¡Me han engañado! — chilló Spettigue—. Es usted... un impostor. ¿Quién es usted?

—Soy la tía de Carlos, del Brasil, de donde viene el mejor café.

—¿Qué? ¡Demo esa carta! ¡Demo esa carta! ¡Démela!...

Babba se llevó la mano a la cabeza y tocó su pelo planchado, a tiempo para rehusarse a sus impacientes ademanes. Levantó el sobre en dirección de doña Lucía; Spettigue no lo podía alcanzar debido a su corta estatura. Por fin, próximo a la apoplejía, les desafió a todos:

—Bueno, quedescía, pero no le va a servir. No hay tribunal en toda Inglaterra que la acepte por legal porque está dirigida a doña Lucía de Alvaórez.

La auténtica doña Lucía la arrebató de los dedos de Babba y con ella se adelantó un poco, diciendo tranquilamente:

—Y ha sido entregada a doña Lucía de Alvaórez.

—¡Pero si él no es doña Lucía! —rugió el viejo.

—No, pero yo sí.

Todos recobraron el aliento y corrieron hacia la viuda, quien más quien menos con un pecadillo contra ella en la conciencia. Un estremecimiento general sacudió a los jóvenes y a Spettigue. Babba retrocedía asustado. La situación era amarga, lacerante.

—¿Usted? ¡Ah! —gimió Spettigue.

Y tras esta exclamación caía tieso como una tabla contra la alfombra, que resonó sordamente al impacto. Saltaron sobre el cuerpo y rodearon a doña Lucía.

—¿Usted, mi tía? —dijo Carlos.

—Sí, Carlos.

—¿Tú? —prorrumpió absorto Babba.

—Siento mucho que haya pasado esto, tía—se excusó Carlos.

—No te preocupes, Carlos, después de todo yo he obrado con engañío también—se cogió del brazo de Babba—¿Querrás perdonarme?

—Naturalmente —replicó con gran generosidad de alma, dado su aturdimiento.

Carlos se soltó de Amy y corrió muy risueño hacia Babba, dándole un apretón de manos.

—Bueno, gracias a Dios, no tendré que llamarte tía nunca más.

—No, pero es posible que me llames tío muy prontito.

Esta noticia desencadenó un vendaval de apelaciones amorosas.

—¡Mi Kitty!

—¡Mi Jack!

—¡Mi Carlos!

—¡Mi Amy!

—¡Mi Lucy!

—¡Mi Babbey!

Spettigue comenzaba a recuperar el sentido y oyendo la letanía de exclamaciones, barruntó que no estaría de más que él las cerrara con la que más le importaba.

—¡Mi sueño! —susurró.

Poco a poco los enamorados salieron a la terraza, risueños y gozosos de estar libres de la férula de Spettigue. Lucía y Babba fueron los postreros en perderse en las sombras del jardín. Antes de



## L A T I A D E C A R L O S

cerlo, Babbs indicó al postrado Spottigue, que aun permanecía rígido como un huso.

—Oye, le puedo demandar por ruptura de promesa—dijo Babbs.

—¡Ja, ja, ja!—rióse doña Lucía.

Tal fué la puntilla, aquella risa, eco de unos millones que desaparecían y de una dicha que emperzaba, la que romató al vejete, que se quedó allí como escoria del amor y de la avaricia.

F I N

**Próximamente:**

La solicitada novela, de extraordinario éxito:

### **SENDAS SINIESTRAS**

¡Emoción! ¡Interés! ¡Dinamismo apasionante!

Nueva colección de gran éxito:

## PELICULA GRAFICA

TITULOS PUBLICADOS

1. EL SIGNO DEL ZORRO, por Tyrone Power.
2. EL LIBRO DE LA SELVA, por Sabú.
3. ¡QUE VERDE ERA MI VALLE! por Walter Pidgeon.
4. EL HIJO DE MONTECRISTO, por Louis Hayward, Joan Bennett y George Sanders.
5. EL CAPITAN CAUTELA, por Victor Mature, Bruce Cabbott y Leo Carrillo.
6. ESTUDIANTES EN OXFORD, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
7. CUMBRES BORRASCOSAS, por Lawrence Olivier, Merle Oberon y David Niven.
8. LA JUNGLA EN ARMAS, por Gary Cooper y David Niven.
9. EL LADRON DE BAGDAD, por Sabú.
10. MARINOS A LA FUERZA, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
11. ESMERALDA, LA ZINGARA, por Charles Laughton y Maureen O'Hara.
12. TARZAN Y LA DIOSA, por Herman Brix.
13. LA QUIMERA DEL ORO, por Charlot.
14. HACE UN MILLON DE AÑOS, por V. Mature, Carole Landis, Lon Chaney, Jr.
15. EL ALEGRE BANDOLERO, por Nino Martini, Ida Lupino, Leo Carrillo.
16. TEXAS, por William Holden, Claire Trevor.
17. EL HIJO DE LA FURIA, por Tyrone Power, Gene Tierney, etc.
18. LA TIA DE CARLOS, por Jack Benny, Kay Francis, James Ellison, etc.
19. SENDAS SINIESTRAS, por Randolph Scott, Kay Francis, Brian Donlevy, etc.

¡Inmejorable presentación!

¡¡Numerosas fotografías!!

PRECIO:

1. Pta.

## TITULOS EN EXISTENCIA:

### SERIE "TRIUNFO"

PRECIO: \$20 PTAS.

*Barras de Nueva York*, por Jackie Cooper y Martin Sullivan.  
*Amor instantáneo*, por Lillian Harvey y Louis Jourvet.  
*El novillito y la dama*, por Rosita Moreno.  
*Redención*, por Warner Baxter y Wallace Berry.  
*Cuando me siento feliz*, *Nahe de extrano y Cuarta revueltas* (Serie Trío).  
*El secreto de Chou*, *Charlie Chan en la pista*, *Charlie Chan en la Opera* (Serie Trío).  
*Wister Wang en el Suroeste Chino*, por Boris Karloff.

PRECIO: \$20 PTAS.

*Soy dos banderas*, por Claudette Colbert y Ronald Colman.  
*El pequeño mundo*, por Félix y Lucien Baroux.  
*Corre de allá*, por Marie Bel. Harry Haur y Haim.  
*Doctor intruso*, por George Sanders y M. MacGulre.  
*Caras de agua*, por Jesse Withers.  
*La ruta sin fin*, por Victor Francen y Marcelle Chantal.  
*Eugenia Escisión*, *Edwige Feuillère*.  
*Su nombre en los periódicos*, por Margaret Lockwood, Harry Barnes.  
*Adorable intruso*, por Judy Canova.  
*Ese que llama amor*, por Annabella y Henry Fonda.  
*Una entre un millón*, por Sonja Henie y Don Ameche.  
*Caminito de gloria*, por Libertad Lamarque.  
*El saboteador del amor*, por Gino Cervi y Luisa Furiola.  
*La ley sagrada*, por Micheline Pitalley y Marcelle Chantal.  
*Vuelta al ayer*, por Olive Brook y Anna Lee.  
*La vida de Carlos Gardel*, por Hugo del Carril.  
*Por otro quemar*, por Bárbara Stanowich y Herbert Marshall.  
*Luz en las tinieblas*, por Alida Valli y Fosco Giachetti.  
*Melodías eternas*, por Gino Cervi y Conchita Montenegro.  
*Historia de una noche*, por Sabina Olmos y Santiago Acrista.  
*Leda*, por Marie Oberon.  
*Chicago*, por Tyrone Power y Alice Faye.  
*Rease la ilusión*, por Emma Gramatica e Ida Pola.  
*El joven Ediso*, por Mickey Rooney.  
*Argel*, por Charles Boyer y Hedy Lamarr.  
*El esplendor perdido*, por Spencer Tracy.  
*El marido está loco*, por Myrna Loy y William Powell.  
*Solo se vive una vez*, por Henri Fonda y Sylvia Sydney.  
*El jazz sagrado*, por Carol Lombard y James Stewart.  
*El orgullo de los penquis*, por Gary Cooper.  
*El novillito de las miras*, por Boris Karloff.  
*Sala Laguei y Fritz Lortz*.  
*Solo de juego*, por Gary Cooper y Bárbara Stanowich.  
*Vinieron las Burles*, por Tyrone Power, Myrna Loy y George Brent.  
*Ella y su secretario*, por Rosalind Russell, Fred Mac Murray.

*Una gran señora*, por Bárbara Stanowich y José MacCrea.

*El rey de las maras*, por Franchot Tone.  
*Esposa, doctor y asesinos*, por Loretta Young.  
*Warner Baxter y Virginia Bruce*.  
*Buenos*, por Tyrone Power, Loretta Young y Annabella.  
*El signo del asero*, por Tyrone Power.  
*Tú serás mi marido*, por S. Haine y Judy Payne.  
*Siempre Eva*, por Leslie Howard.  
*El cielo de Anahim*, por Angella.  
*El hijo de Moisés*, por Louis Hayward.  
*Juan Bennett y George Sanders*.  
*¿Qué verde era mi valle?*, por Walter Pidgeon.  
*El hijo del gangster*, por Jackie Cooper.  
*La familia en acción*, por Gary Cooper.  
*Cuando se despierta*, por M. O'Brien y Laurence Olivier.  
*El capitán Carter*, por Victor Mature.  
*Espectáculo tipo*, por David Niven y Loretta Young.  
*Esmeralda la Ringera*, por Charles Laughton.  
*El algar de Andorra*, por Bino Martini, I. Lapina.  
*Torero y la dama*, por Herman Brigg.  
*Hace un millón de años*, por Victor Mature y Carol Landis.  
*El hijo de la furia*, por Tyrone Power. Gene Tierney, George Sanders.

### SERIE "PRODUCCION ESPANOLA"

*Los hermanos San Sulpicio*, por Imperio Argentina.  
*La hija de Juan Simón*, por Angella, Pina Muñoz y Carmen Amaya.  
*La Dancina*, por Conchita Piquer.  
*Santa Eugenia*, por Rafael Rivelles, Juan de Landa y Mimi Muñoz.  
*El 1300*, por Justa Heredia y Rafael Durán.  
*Peñada a bordo*, por Lina Yegros.  
*Escondida*, por Alfredo Mayo.  
*Alma de Dios*, por Amparito Rivelles.  
*Su hermano y él*, por Antonio Vico y Enrique Guitart.  
*Tuque*, por Imperio Argentina.  
*Saramita*, por Alfredo Mayo.  
*Pimentón*, por Justa Heredia y Rafael Durán.  
*La doncella de la Duguesa*, por Carmen Granda y Luis Peña.  
*Unos pasos de mujer*, por Lina Yegros y F. Fernández de Córdoba.  
*Los señores de Pulchra*, por Marta Sastreola, Manuel Luna y Luis Peña.  
*Torchón*, por Rosalinda Castro.  
*Su Excelencia el Marqués*, por María José Simó, Luis Prendes y Michel.  
*Légion de honor*, por Emilio Sandoval, Matilde Nachter y Rocio Albo.  
*Porque se vió*, por Pastora Peña y Luis Peña.  
*Flora y Mariana*, por Blanca de Soto y Pastora Peña.  
*El loco*, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.  
*Siempre marica*, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.  
*Se ha perdido un cadáver*, por Roberto Font.  
*La vida está loca*, por Justa Heredia y Manuel María.  
*Mi vida en tus manos*, por Isabel de Prados y Julio Peña.



*Deliciosamente tontos*, por Amparito Rivañes y Alfredo Mayo.

*Un caballo famoso*, por Amparito Rivañes y Alfredo Mayo.

*Cámpesas*, por Luchy Soto y Carlos Matos.

*El hombre de los millores*, por Fanny de Andrade.

*Atribado herencia*, por Alfredo Mayo y Sylvia Morgan.

*El cine del amor*, por Alicia Romay y Jacinto Quinones.

*Con las alas del alma*, por Matilde Viquez y Fernandas de Córdova y Manuel Luna.

*Ella, él y sus millores*, por Josita Hernán y Rafael Durán.

*Mezclona*, por Juanita Balas y Miguel Liguero.

## Títulos varios en existencia

*Cancionero Regional*, 250 canciones regionales de gran éxito. 16 fotografías.

*Cancionero al día*, 100 canciones modernas. 32 fotografías y biografías.

*Cancionero de hoy*, 120 canciones y 33 fotografías y biografías.

*Cancionero de los éxitos*, 150 canciones de gran éxito. Jazz-Hot, Argentinas, Mexicanas, Cubanas. «Yolas», «La Centineta del Palaces».

*Cancionero del momento*, 128 canciones de Jazz, Hot y Melodías, 25 fotos exclusivas.

*Cancionero Tropical*, 129 canciones. Los éxitos de todas las películas sudamericanas, de Repertorio «Música del Sur», Ediciones Hispánica, Armónico y Música Moderna, 8 fotografías.

*Cancionero Fiamencia*, Repertorio, autores e intérpretes del día. 34 fotografías.

*Cancionero de actualidad*, Repertorio modernísimo. Los mejores intérpretes. Los éxitos más resonantes. «Si Fausto fuera Faustino», «Rumbo a plagues», «Una rubia peligrosas», «Lucas de Viena» Con 22 fotografías.

*Cancionero «Penas y Alegrías»*, La canción máxima de Juana Valderrama.

*Cancionero de los Trépanes Regionales*. Los éxitos del día.

*Cancionero Jovial*, (Repertorio Alady-López).

*Cancionero «González Mista»*. Sus triunfos en el canto.

Precio: 2'50 pts.

*Cancionero Roberto Fariá*. Las canciones máximas de este gran artista. Biografía. Anécdotas. Sus mejores chistes. Fotos exclusivas.

Precio: 3'00 pts.

*Emociones cinematográficas de un figurante* (la vida de los extras en los estudios; alegrías y sinsabores de los extras; los secretos del cine). 3'00 pesetas.

*Batallas de humor*, por Fidelio Trimpicón, 5'00 pts. (Lectura hilarante. Optimista. Agradable).

*Recortes de Prensa*, por Antonio Losada, 2'50 pts. Los hechos mundiales más notables al día.

*El hijo de Madame Butterfly*, comedia de Enrique Gassner y Francisco-María Estagne.

Precio: 2'48 pts.

**En preparación:**

**¡¡200 CANCIONES DEL MOMENTO, 200!!**

**Cancionero**

## **LOS EXITOS DEL DIA**

**Lo que se canta en la actualidad.**

**Los mayores triunfos.**

**Los mejores vocalistas.**

**Las mejores orquestas.**

**Repertorio de las más acreditadas editoriales del género. Numerosas fotografías.**

**PRECIO: 2'50 PTAS.**

**¡Reserve sus encargos desde ahora mismo!**

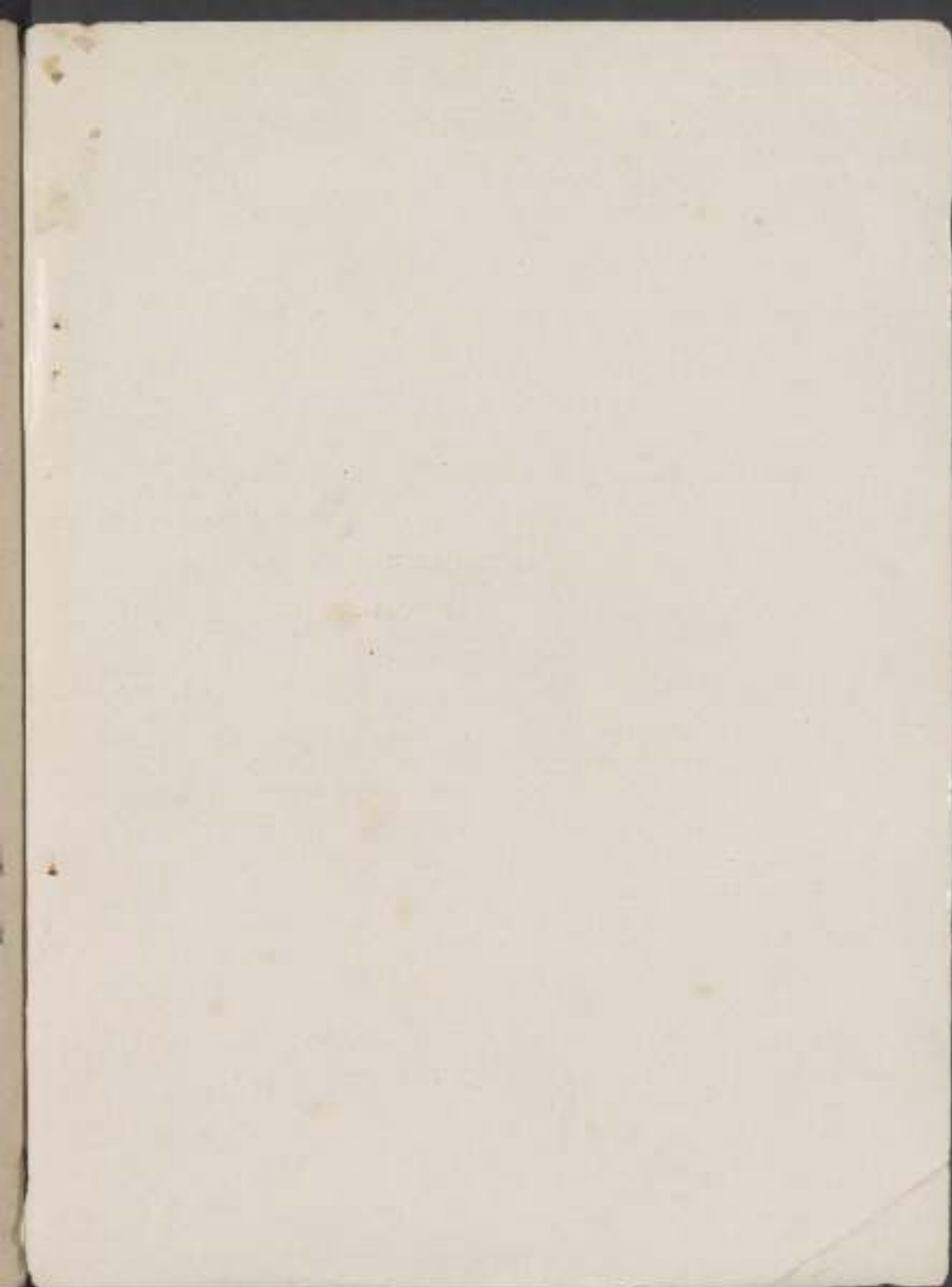
**EDICIONES BISTAGNE**

publica siempre  
las mejores novelas  
cinematográficas

**EDICIONES BISTAGNE**

Passaje de la Paz, 10 bis - Barcelona







Cubaena, Imp. M. PELLICER

Muruzor. 111/Taladro 76132

18 - 88